

Paradoja  
ant. realista.

# Y algo más

Cosas de Chile N.º 10

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©

Cosas de los centros ✓ Roberto Linares

Montañas de los alrededores

ARRIAGADA GALVEE  
SALAMANCA

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

---

Sucesión Manuel Rojas ©

MANUEL ROJAS

Y ALGO MÁS.

CELECH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

---

Sucesión Manuel Rojas ©

## Pocas palabras

Estos artículos, publicados en diarios y revistas de Santiago durante algunos años, significan, si no otra cosa, el reflejo que los seres que veía y las cosas que ocurrían, produjeron en mí. Del mismo modo, lo que el destino de unos o la desaparición de otros provocaron en mi sensibilidad. Tuve la suerte, en lo que se refiere a los artículos que se publicaron en periódicos, de tener la libertad de escribir sobre lo que me interesara, libertad que Byron Gigoux, el director de "Las Últimas Noticias", nunca terminó de darme. Me pagaron malamente, es cierto, pero hasta cuando le pagan mal un escritor puede sacar algún provecho, en mi caso universalizarme al escribir sobre lo de aquí y sobre lo de allá, a veces con más audacia que conocimientos, aunque siempre con honradez.

De los publicados en "Babel" no puedo decir sino que los hice con el cariño que la amistad de mis compañeros de redacción me inspiraba.

Y no hay para qué seguir.

Manuel Rojas

Sucesión Manuel Rojas ©

## INDICE

### ASUNTOS PERSONALES

Mis primeros lentes

~~Soqui~~

Camotes

~~Monólogo de la víctima~~

Mi primera virada por adelante

Tres días de pesadillas

El vaso de leche

### SERES DE CHILE

El Hermano Flaminio

El día de la sed

el hijo de Carlos Gardel

De profundis para Enrique Soto

Leña para el fuego

Vino tinto y ají

Madrecitas

Tres generaciones frente al mar

Un recuerdo de las elecciones

~~Un hombre inteligente~~

Historia de tren

El vagabundo de las tortugas

### COSAS DE CHILE

~~Música y canto~~

~~Cuchilleros~~

~~Más sobre cuchilleros~~

~~Baleando~~

~~Primavera de rateros~~

~~Cantos en la noche~~

Anochecer en el Puerto

~~En el tren~~

Pasajeros de pie

"Caupolicán" contra "Stalingrado"

Fantasía y realidad

Demagogia

La goleta "San Félix" se hace a la mar

### COSAS DE PAJAROS

~~El Charlatán y el Pinguino~~

Un refugiado

El gorrión

El gorrión y sus depredaciones

Gaviotas

Garzas blancas en Polpaico

COSAS DE ESCRITORES

Juan Barros  
Panegiristas  
Con Waldo Frank en el sur. I. Motivos  
II. Trabajando  
III. Niños, perros y caballos  
IV. Un escritor norteamericano  
V. El español y el norteamericano  
VI. O. Henry, Henry Ford y Margarita Gautier  
VII. Ignorancia e intuición.  
VIII. En la boca del lobo.  
Antólogos y antologías  
Recuerdos de José Domingo Gómez Rojas  
Invitación a un asesinato  
Volvamos al folletín  
Recuerdos de R. Silva Castro

COSAS ABSTRACTAS

~~Divagación sobre el complejo~~ CELCH UC  
La violencia Centro de Estudios de Literatura Chilena  
De qué se nutre la esperanza  
Seminómades  
Demonios nacionales. Sucesión Manuel Rojas ©

UN AMIGO Y VARIOS GRINGOS

~~Trabajos manuales~~  
~~Yanquis en Chile~~

Mi primera virada por avante

~~(Para la revista por)~~

*Nos hicimos a la mar*

"zappamos de Valparaíso...", como dicen los antiguos y heroicos libros de viaje, a las <sup>quinca horas</sup> ~~veinte y siete~~ de un día del mes de noviembre del año recién pasado. Buena brisa sur. Embarcación: el star Hanga-Roa, con foque y mayor (cuchilla). Capitán: Benjamín Subercaseaux; otro capitán, *Hernán* Bruna, como pasajero; tripulante: un servidor, sin título y sin experiencia alguna de maniobra, o sea: el neófito, ~~el novato~~ casi el "pavo"

--¡Desamarra el foque! ¡Que no se le caiga al agua: envuélvalo sobre sí mismo y sujételo a la bita! ¡Atención a la driza de la mayor: vea que no tenga cocas! ¡Aguanta la proa! ¡No se ponga así: abra bien las piernas y móntese sobre el eje longitudinal de la embarcación! ¡Suelta la proa! ¡Atención a la mayor: iza! ¡Más rápido! ¡Haga un par de ochos, una vuelta de mano y aduje bien la driza!

Toda esta maniobra fué realizada por mí más por adivinanza que por conocimiento. ¡Es tan diferente una embarcación viva, de otra, muerta, malamente dibujada sobre el pizarrón! En una embarcación viva las bitas son bitas, las cornamusas cornamusas y las drizas, drizas <sup>trólar</sup> y están colocadas en el sitio que les corresponde; en la sala de clases, en cambio, las bitas, las cornamusas y las drizas están en el aire, menos que en el aire, muertas sobre el pizarrón, sin más existencia que la que les da el trazo de tiza y sin ubicación fija ninguna. La voz del capitán, además, me resultaba desconocida: no era la misma que usaba como profesor. Todo marchó bien, sin embargo, y todo habría terminado bien sin la aparición de aquellos "ochos" y de aquella "vuelta de mano". ¿qué demonios sería eso? Allí me quedé, contemplando el chicote de la driza, con el aspecto de quien tiene la esperanza de que un chicote le informe de algo que tiene que ver con él mismo. Pero la cosa urgía, pues la embarcación empezaba a tomar viada, y me atreví a preguntar al capitán:

--¿Qué es un ocho, capitán, y qué es una vuelta de mano?

Me miró como si le hubiese preguntado la dirección de mi casa:

--¡Cómo! ¿No se acuerda de aquellos ochos y de aquellas vueltas de mano que he hecho en la percha para sombreros de la sala de clases del Instituto Nacional?

Recordé nítidamente la percha para sombreros, pero no recordé los ochos ni las vueltas de mano. Quizá los hubiera recordado si hubiera habido allí una percha para sombreros, pero allí no había más que viento y agua. El capitán, con las mandíbulas como las de Popeye -- sólo le faltaba la pipa --, se acercó al palo, cogió el chicote e hizo los ochos y la vuelta de mano. ¡Qué sencillo era hacerlos!

--¡Listos para izar el foque: iza!

Me senté en el bandín de estribor con el alma hecha un nudo de calabrote y con la sensación de ~~que~~ <sup>ser</sup> un bichicuma que sería arrojado al mar, o ignominiosamente desembarcado en la Casa de Botes, apenas pronunciara la menor palabra irreverente. ~~No sucedió así, sin embargo, y a los pocos minutos los capitanes y yo trincábamos, como viejos salteadores del mar, las últimas gotas de ron, "made in Chile", que quedaban en la botella~~

Rumbo a Recreo, viento largo por estribor, el Hanga-Roa cortando el agua como un cuchillo algo mellado (casco sucio, capitán), la mayor hinchada, el foque soplado, los capitanes recordando antiguas aventuras en la Poza y yo en un lugar común: con la "conciencia del deber cumplido". ¿Qué más? Dos horas después ( 17.30 horas; corredera: 000) enfilamos hacia la piscina de Recreo y en el mismo momento ~~en un momento~~ oigo que el capitán empieza a decir:

--Vamos a virar por avante.

Lo dice y lo repite una y otra vez, pero displicentemente, con gran desgano, como si dijera, por ejemplo: "Algún día te voy a regalar mil pesos." Vamos a virar por avante, vamos a virar por avante, vamos...



Aburrido de esperar aquella virada por avante que no llegaba nunca, me dediqué a mirar hacia la playa: había allí alguna gente que corría, caminaba o yacía. Poca gente -- me dije --; claro, todavía no es tiempo, pero ya vendrán, ya vendrán... Allí estaba, entregado a ese soliloquio y procurando tomar unas demarcaciones de caída a alguien que me parecía una muchacha tendida en la playa, cuando sentí que la embarcación cabeceaba fuertemente: ¡estábamos en la primera ondulación de las rompientes de Recreo! En ese mismo momento resonó a mis espaldas un grito terrible:

--¡Atención! ¡Vamos a virar por avante!

¡Así debió resonar la voz de Morgan al ordenar a los hermanos de la Costa marchar al asalto de Maracaibo! Pero yo no era un hermano de la Costa sino un simple tripulante del Hanga-Roa y aquel grito, en lugar de animarme, me aturdió. ¿Qué debía hacer yo, si debía hacer algo, y el grito del capitán así lo daba a entender? Había recibido instrucción teórica para capitán y no para tripulante y la única práctica que como futuro patrón de yate tenía hasta ese momento la había realizado a bordo de un remolcador de la C.S.A.V. Sabía que, al virar por avante una embarcación, era aconsejable: 1º darle bastante velocidad; 2º cazar la escota de la mayor, y 3º largar la del foque, pero todo eso, suponía yo, debía hacerlo el capitán y yo era allí nada más que un tripulante, un tripulante a quien nadie, por lo demás, le había dicho que tuviese alguna vela que llevar en una virada por avante. Por otra parte, aunque había estudiado la materia, no sabía qué era, en la práctica, la tal maniobra. Teóricamente, y en el pizarrón -- en donde no hay viento, ni agua, ni un capitán con voz de trompeta de Jericó --, virar por avante significa, sencillamente, cambiar de amura pasando la proa por el viento; pero, allí, frente a Recreo, montados ya en los lomos de la rompiente (¿por qué no viraría antes el capitán?), con buena brisa, con mayor de cuchilla y con la vaga superstición de que hubiese por allí una roca <sup>ahogada,</sup> ~~virada~~ la virada por avante, anun-

CELIGHC  
 Centro de Estudios de Literatura Chilena  
 Español Manuel Rojas

ciada en forma tan dramática, tomaba proporciones de aventura en el Océano Indico.

Aturdido, pues, e ignorante de lo que debía hacer, caí de rodillas sobre el enjaretado de la cámara: desde allí, mirando hacia proa, ví cómo ésta giraba rápidamente hacia estribor, se enfachaba y luego, empujada por la viada, ofrecía al viento la banda de babor de la embarcación. En ese instante de grata contemplación recordé que, además de bitas, cornamusas, drizas, cáncamos, garruchos, puños, escotas, ollaos, etcétera, la embarcación poseía también una respetable botavara. ¿Qué sería de ella? Giré la cabeza hacia la izquierda: ¡allí venía, hacia mi oreja de babor! Me agaché.

--¡Ahora! -- tronó la voz del capitán.

¿Ahora qué? Con el rabillo del ojo miré hacia estribor y ví cómo la botavara se desplazaba hacia sotavento. ¿Eso era todo? No, no era todo: sentí en mis espaldas una palmada y un nuevo grito resonó en mis oídos:

--¡Suelta la burda, estribor!

A guisa de estimulante el capitán puso, en el lugar en que aparecen esos suspensivos, una palabra que no figura en la nomenclatura náutica, pero que, al parecer, es muy eficaz en los momentos en que se realiza a bordo una maniobra que exige rapidez y exactitud. ¡La burda! No conocía, hasta ese momento, otras burdas que las que se me había mostrado a bordo de la corbeta Baquedano, unas burdas negras, duras y tan gruesas como la botavara del Hanga-Roa. ¿Había aquí una burda que yo debía soltar? ¿Y cómo, hasta ese momento, nadie me había dicho que existiera tal burda y que era yo, precisamente el que no sabía que existiese, el que debía soltarla?

Me lancé como una fiera hacia la banda de estribor (en la de babor iba el otro capitán) y miré todo lo que allí podía mirarse y que, por lo demás, no era gran cosa, pues la escorada de la embarcación había hecho

que el agua llegara hasta la tapa-regala, cubriéndolo todo. Había allí un revoltillo de cabos que mareaba; escarbé como un gato y cogí uno:

--¡Ese no!

Lo solté como si me hubiese quemado y tomé otro. Alguno tenía que ser.

--¡Qué hubo, pues!

La voz del capitán había cambiado: sonaba ahora como si ya estuviésemos descendiendo hacia el fondo de la bahía.

Bajo el agua había una preciosa colección de cornamusas y en una de ellas profusos ochos y vueltas sencillas; empecé a desatarlos, pero, en el último momento, y con las manos y casi con las narices metidas en el agua, confundí el chicote de la burda con el de la escota del foque y no supe, al fin, qué es lo que soltaba. Para colmo, una nueva orden vino a confundir más mis ya torpes movimientos:

--¡Teza el foque!

La orden no era para mí sino para el otro capitán, pero, puesto ya a trabajar, creí que yo debía hacerlo todo allí y empecé a tirar como un león de la escota del foque. Una interjección del capitán hizo escorar más el Hanga-Roa.

Por fin, tezo el foque, suelta la burda y la embarcación volando sobre el agua con el viento a la cuadra, pude enderezarme y mirar por sobre la borda. Mi sorpresa fué inmensa: ¿qué se había hecho la costa? Giré la cabeza en noventa grados y no la ví. Fué necesario dar con ella una virada de ciento ochenta para darme cuenta de que la habíamos dejado a popa.

Sin hablar palabra, me senté y prendí un cigarrillo. De pronto, mientras fumaba, me dí cuenta de lo que había sucedido: la virada por avante que yo, teóricamente, conocía, es la que se hace en una embarcación con vela mayor cangreja, donde no hay burdas que tezar ni burdas que soltar ¡y el Hanga-Roa tenía vela mayor de cuchilla!

En fin, había terminado mi primera virada por avante. ¿Cuánto tiem-

po había durado? Segundos, seguramente; a mí me parecía, sin embargo, que había durado siglos. Me sentía viejo como el mar, pero, también, más cerca de él.

1944

~~Manuel Rojas~~

~~Del curso de Patrones de Yate  
de 1944. As. Náutica de Chile.~~

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©

Seres de Chile

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©

### El hermano Flaminio

Gerde, mereño, afable, el hermano Flaminio -- con ese nombre le conocí y con ese nombre vivirá en mi recuerdo -- era lo que yo quisiera que fueran todos los hombres: un apasionado por una causa espiritual no comerciable, es decir una persona que, además de ganarse el pan con su trabajo, gana su alma dedicándose a algo que sólo le producía delectación espiritual.

El hermano Flaminio era experto en ápidos chilenos, o sea era experto en productores de miel no industrializados ni sindicados. No se reducía a ellos, sin embargo: su amor por los insectos era tan infinito como infinitos son ellos; cuanto bicho caía bajo su mirada o entre los finos hilos de su red, fuese ceroglossus, bombus o lepidóptero, era recibido por él con la misma atención y el mismo cariño.

A él y a su afabilidad debí la primera sensación de belleza que me han producido los insectos. Cuando fui a visitarle por primera vez al museo de San Pedro Nolasco, el hermano Flaminio, sabedor de que (por esos tiempos) me dedicaba un poco a observar la vida de las mariposas, quiso mostrarme su colección. Quedé asombrado ante tan inaudita belleza. Nunca se me había ocurrido que en la tierra hubiera <sup>algo vivo</sup> ~~alguna~~ que, una vez muerta, continuara siendo tan bello como cuando ~~era~~ <sup>vivía</sup> ~~vía~~.

Volví muchas veces a verle. En días tristes y amargos, días de desolación, aquellos días en que uno piensa en que lo mejor que podría hacer sería llorar o morir, la piécita en que el hermano Flaminio recibía sus visitas en el colegio San Pedro Nolasco era para mí como una playa de silencio y de paz. Allí, hablando de insectos y oyéndole contar sus aventuras entomológicas, pasaba una o dos horas. Me distraía mirando un tubo lleno de preciosas y verdes arañas de jardín o una caja de grises y salvajes abejas chilenas. Salía con el alma tan limpia como el

ala de una de aquellas mariposas que el hermano guardaba en sus maravillosas cajas.

Ahora, ha muerto. No se si se habrá ganado el cielo; no se si el Señor le perdonará el haber cazado y muerte tantos y tan hermosos insectos, pretendiendo encontrar en ellos algo de lo que Su Señor guarda en sus cerradas manos. Es posible que no. Los designios del Señor son inscrutables. Pero, sea como sea, no me cabe duda de que él, el hermano Flaminio, ganó y salvó su alma, bien ganada y bien salvada.

~~Manuel Rojas~~

1942

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©

~~Venero, 27 de Sept. de 1943~~

Recopilando en Discos

### El día de la sed

El día 19 es el terrible día de la sed. Junto con el amanecer llegan a la casa del fundo, dos, tres, cinco, diez hombres. Vienen resecos y quieren hablar con el patrón; pero el patrón no está: se fué, está durmiendo, se-  
lló, etcétera.

Me acerco a dos de los hombres. Uno es ciento por ciento indio: pelo la-  
cio, piel oscura y sin brillo, labios sin dibujo, pómulos anchos; es un hom-  
bre joven, alto y delgado. El otro es ya de edad, de cuerpo mezquino, <sup>un</sup> blan-  
co mestizado. Está muy excitado y me dice:

--Dígale al patrón que gálga. Nos agarraremos a puñetes.

No se si es con el patrón con quien se agarrarán a puñetes o si los pu-  
ñetes correrán <sup>por</sup> exclusivamente a cuenta de ellos. El otro hombre, el india-  
do, más tranquilo aunque <sup>un</sup> más deprimido, me dice, sentado en la orilla de un  
arriate:

--No venimos a pedir plata. Tenemos. Lo que queremos es que el patrón  
nos preste un caballo.

Digo al hombre que transmitiré su recado y, efectivamente, lo hago. El  
patrón, <sup>conmigo</sup> saboreando/un buen tinto reservado, me dice, con su lenguaje de bel-  
ga metido a agricultor en San Juan de Pirque:

--¿Sabes tú para qué quieren un caballo?

--Supongo que no será para comérselo -- respondo, pensando en el hombre  
cuyo recado he transmitido.

--No; lo quieren para atravesar el río. Al otro lado hay vino.

Miro de soslayo el Maipo, río guapo a veces. No viene con mucho caudal,  
es cierto, pero me parece difícil que alguien caiga a él y se escape, mucho  
más si anda ebrio... La sed, sin embargo, es terrible, y aunque el patrón  
no preste caballo los chuicos pasan muy a menudo por frente a la casa del  
fundo.

El día lunes, en los momentos en que me despido, paso por el camino,



acompañado de otro hombre, el peón del pelo lacio. Llevan dos chuicos vacíos.

--No beban más, hombres -- les dice el patrón.

--No, patrón; ya está bueno -- contesta el indio, y agrega: -- Buena su yegua, patrón; tres veces se resbaló ayer en el río y las tres veces logré enderezarla. "Escapito" que no me ahogué... Hasta perdí un zapato.

El día de la sed ha sido largo, tan largo como la sed misma.

Manuel Rojas

1943

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©

~~Montevideo, 15 de Sept. - 1943~~

El hijo de Carlos Gardel

Trepa a la micro dos minutos antes de que el inspector dé la partida. Al verlo subir pienso que debe ser uno de los innumerables niños mendigos que decoran nuestra ciudad. Este debe ser, por lo pequeño, de aquellos que para ser advertidos necesitan golpear con sus puñitos las piernas de los transeuntes. De otro modo no serían vistos jamás. Levantando la cara y estirando una minúscula mano, dicen, a la altura del ruedo de nuestra chaqueta:

--Oiga, caballero, una chauchita...

(Una chauchita, porque los mendigos, que no tienen la suerte de ser administrados por el Fisco, no han podido aumentar la tarifa.) No me equivoco: es un niño mendigo, pero no de la calidad que imaginaba. Se corre hacia el fondo, se toma de un pasamanos y lanza un balido que me hace recordar las "majadas" cordilleranas en época de parición.

Es de suponer que canta. Esa debe ser, por lo menos, su intención: su voz tiene cierto ritmo. Respecto a saber qué es lo que canta o qué dice en lo que canta, es ya más difícil: no se le entiende una sola palabra. Como la música me es desconocida -- y me parece que es desconocida para todos los pasajeros -- oigo la canción del niño con la misma actitud mental con que oigo, cuando llueve, caer la lluvia. Es un hecho; nada más.

Termina de cantar, y entonces, con la misma voz con que ha cantado, dice, distinta y claramente ahora:

--Han escuchado ustedes al hijo de Carlos Gardel...

Y agrega, ya menos clara y distintamente:

--Ayu'ar con lo que pue'an.

La frase es, sin duda, una obra maestra y vale bien la chauchita; el niño se va con un puñado de monedas. Un pasajero dice:

--Ese cabro se va a hacer rico con la "patilla" de que es hijo de Carlos Gardel.

Lo dudo mucho. Los chilenos no somos gente de admiración larga (felizmente). En cuanto algo se nos repite muchas veces, le tomamos antipatía. Sin pensar que al niño le puede salir competidor: un nieto de Carlos Gardel, por ejemplo.

~~Manuel Rojas~~

1943

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©

De profundis para Enrique Soto

Hace algún tiempo, con ocasión de la muerte de ~~Juan Barros~~ Juan Barros, ~~mi~~ compañero de labores en la venta de cartillas del Hipódromo Chile, escribí unos párrafos de carácter necrológico. En esos párrafos cita- ba, de pasada, a Enrique Soto, compañero nuestro, por aquel entonces, en esas mismas labores. Hoy debo hacer lo contrario, aunque con el mismo ob- jeto. Enrique Soto ha ido a reunirse con Juan Barros.

Si pudieran conversar allí donde estén, valdría la pena ir a escuchar les. Aunque había entre ellos grandes diferencias, tenían en común algo que los unía o podía haberlos unido de modo muy íntimo: su chilenidad, no la chilenidad oficial y estandarizada que algunos pretenden descubrir ahora, sino otra: la popular, suelta, independiente, libre -- gracias a Dios -- de la exportación y de la especulación.

Conocí poco, sin embargo, a Juan Barros, y no puedo decir si era o no un bromista. Enrique Soto, o el Cato Soto, como lo llamábamos sus compañe- ros por sus bigotes y su redondeo rostro, si lo era, pero no un bromista pesado sino que un fino bromista. Durante algún tiempo me tomó delicada- mente el pelo. Solía llegar, los días de carreras y como a las cuatro de la tarde, a la oficina en que mi ayudante y yo confeccionábamos las plani- llas de las cartillas acertadas. Decía, por ejemplo:

--¿Supieron lo del betatazo de hoy? ¡Ochocientos ochenta pesos con cin- co! Y qué mala suerte la mía: no pude jugarle más que trescientos pesos. No me quedaba más.

Mientras hacía correr la sumadora sobre el carro, sacaba yo la cuen- ta: trescientos pesos son sesenta boletas; sesenta boletas, o doscientos ochenta pesos cada uno, son... dos por seis doce, dos por ocho dieciseis ... ¡trece mil y tantos pesos! Y se queja de su mala suerte.

A la tercera o cuarta vez de repetir el chiste, y como le manifestara mi admiración por su suerte, me confesó que sólo dos veces había jugado a las carreras y que en esas dos veces había perdido ochocientos pesos. Des-

de entonces no jugaba un boleto ni a medias. En su caja de trabajo ocurrían siempre incidentes graciosos. Se oía, por ejemplo, a <sup>un cliente</sup> ~~el cliente~~ que protestaba a gritos de que se pusiera allí a un turco o a un italiano que no entendía nada de lo que se le decía y a quien tampoco se podía entender.

Enrique Soto, buen camarada, alegre compañero, generoso hombre, ha muerto un mes y medio después de obtener su jubilación. Si pudiera comentar su destino, no hablaría ~~quizá~~ en esa jerigonza con que solía confundir a los clientes del Hipódromo Chile, no; hablaría en el más auténtico y puro chileno. *Y valdría la pena oírle.*

~~Manuel Rojas~~

1943

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©

~~Manuel 7 Julio 1943~~

### Leña para el fuego

La jornada ha terminado. Hay dos paquetitos en el suelo, dos atados, mejor dicho, pues se trata de leña. Son trozos de madera, pequeños y <sup>viejas</sup> sucios, restos de algunas tablas/ utilizadas en la construcción. En uno de los atados hay dos trozos, amarrados con un pedazo de alambre enmohecido y retorcido y mostrando aquí y allá tal cual clavo; en el otro hay más, ocho o diez, amarrados en la misma forma. El obrero, joven, de ojos claros, barba un poco rubia, trata a aquellos miserables trozos de madera con un cariffo emocionante, y como el alambre que envuelve el atado mayor no parece merecerle gran confianza, se saca del cuello la humilde bufanda roja, casi nueva, y la coloca alrededor del atado.

Parado frente a la puerta de un médico, mientras espero que me abran, lo miro hacer. La madera toda no costará veinte centavos; no alcanza a ser un kilo. El obrero, que ~~no~~ tendrá más de veinticuatro o veinticinco años, peón de estucador o ayudante de carpintero, es robusto. No lleva sobretodo y sus ropas están bastante maltrechas. Mirándolo, pienso que podrá trabajar aun durante unos treinta o más años, es decir que ayudará a edificar, con su trabajo, innumerables casas. Mal empieza, sin embargo. Si a la edad que tiene se ve obligado a recoger esos miserandos pedazos de tabla, ¿qué hará, si la suerte no le es propicia en este mundo liberal, cuando tenga una cuarenta o cincuenta años?

El paquete está ya hecho y el obrero se levanta para marcharse. Al ver que lo he estado mirando, me dice, como para disculpar su pobreza:

--¡Aunque sea para que hierva la tetera, patrón!

Sí, aunque sea para que hierva la tetera. El hombre se une a sus compañeros y se marcha con su paquetito bajo el brazo. Me abren la puerta y entro al estudio del médico. Mientras me examina con el cuidado que podría poner para examinar una obra de arte, pienso en el obrero y pienso en su destino. Democracia, ~~Marxismo~~ Comunismo, Catolicismo, etcétera. Todo ~~es~~ <sup>puede ser bueno</sup> ~~ta muy bien~~. La tetera, sin embargo, no hierve sola.

Manuel Rojas

1943

20

## Vino tinto y ají

Vivimos en pleno apogeo del ají. Los hepáticos, que hasta hace poco lo consideraban como X su más temido enemigo, lo estiman hoy como su más gran de benefactor.

--¡Pero, cómo! ¿Está comiendo ají? ¿Y el hígado?

El interpelado, entre mascada y mascada, responde que, según se ha leído en una revista, el ají contiene una vitamina que excita las funciones hepáticas. Agrega que, según se le ha dicho, los mexicanos, que comen ají hasta en el desayuno, no padecen del hígado; igual cosa le ocurre a la mayoría de los peruanos. ¿Por qué los chilenos no deben comerlo? En principio, el ají no debe tener preferencias por determinadas nacionalidades y si a un mexicano o a un peruano le hace bien, ¿por qué le va a hacer mal a un chileno?

No sabemos si, en realidad, la teoría, que ha sido aceptada buenamente y con entusiasmo por letrados y analfabetos, es buena o mala, pero, como el ají es bueno, hay tendencia a creer que la teoría lo <sup>es</sup> ~~sea~~ también. Y vamos dándole al verde y al colorado, al natural o al escabechado en vinagre, en aceite o, simplemente, seco. Lo malo, sin embargo, es que, para mucha gente, el ají pide vino. Beber agua para calmar ~~el~~ ardor ~~del estómago con el~~ ~~estómago~~ es una herejía sin nombre. Y si el ají hace bien, ¿por qué ha de hacer mal el vino, que es, como si dijéramos, su complemento lógico?

Hace pocos días, en circunstancias que pasábamos unas breves vacaciones en el rancho de un amigo, llegó hasta allí, jinete en hermoso caballo, un peón del fundo. --El mayordomo se ha envenenado, dijo. --¿Envenenado?-- Sí, se tomó el veneno del león.-- Mi amigo reflexionó. --¿Podrá andar a caballo? -- Está sin sentido, patrón. --Bien; que lo traigan, como puedan, hasta el camino. Me lo llevaré en auto a Puente Alto.

Momentos después, en una camilla que traían el hombre algunos mocetones, llegó el enfermo hasta el sitio en que esperábamos. Mi amigo lo examinó: el hombre, con las mandíbulas trabadas, tenía, en realidad, aspecto de

enfermo, pero no de envenenado <sup>y</sup> mucho menos de envenenado con un veneno pa  
ra leones. --¿Ha tomado mucho estos días? -- Para el dieciocho le anduvo  
poniendo algunos tragos, -- admitió alguien.-- Súbanlo al auto.

el pueblo <sup>veneno</sup>  
En ~~el pueblo~~ el enfermo declaró que no había tal ~~veneno~~ para leones.  
Simplemente, ~~se creía que se había envenenado~~ para componer el cuerpo, había  
tomado <sup>varias</sup> ~~unas~~ de esas pildoritas que con tanto entusiasmo anuncian <sup>en</sup> ~~por~~ las  
radios. El espasmo había sido atroz, ya que el vino del dieciocho le había  
paralizado las funciones intestinales. Ya de vuelta, un carabinero nos de-  
tuvo:

--¿Va ahí Juan de Dios? -- gritó.-- Sí, aquí va, pero enfermo.--¿qué  
es lo que tenía? -- Un ataque al hígado, contestó mi amigo, para abreviar.  
--¿Al hígado? -- preguntó el carabinero, siempre a gritos; y con el rostro  
encendido como una amapola, apoplético, próximo a estallar, aulló, junto  
a la ventanilla del auto: ¡Díganle que le ponga harto vino tinto y ají!  
¡Con eso me mejoré yo!

Ibamos de prisa y <sup>antiguas</sup> no tuvimos tiempo para preguntarle si la receta la  
había savado, también, de una revista.

~~Manuel Rojas~~  
1944

CELECHUG  
Centro de Estudios de Literatura Chilena



1. En el pequeño vagón del Ferrocarril del Llano del Maipo, atestado de ~~propios~~ muchachas y muchachos chileno-alemanes, los chilenos-chilenos, callados o hablando en voz muy baja, parecemos extranjeros. No se oye hablar sino alemán y los vidrios tiemblan con las explosiones de la lengua de Goering (parece que desde la llegada del nazismo al poder, el alemán debe hablarse más sonoramente que después del Tratado de Versalles). En un rincón, frente a mí, que callo, una muchachita de trece a quince años, de rostro chileno-chileno, calla también, mientras sostiene en sus enjutas faldas a una chiquitina, sin duda su hermanita menor, de siete u ocho años, a la cual ha cubierto con su delgado abrigo azul, quedándose en cuerpo.

Trata a su hermanita como muchos niños que saben hablar inglés, francés o alemán, quisieran ser tratados por sus madres. La contemplo, enternecido. Si la reencarnación fuera cierta y me fuera dado, en la próxima, elegir madre, elegiría, si no pudiera ya elegir a la que tuve, a esta muchachita chilena-chilena, sin gracia, sin belleza, casi sin idioma, de ojos de animalillo y expresión recogida. No me importaría su pobreza, su humildad, sus uñas sucias y su ~~meño~~ <sup>meño</sup> de cohete. Sería mi madre y eso me bastaría, así como me bastó con la que tuve.

2. El camión que reparte coke se detiene frente a una gran casa de residencia. Saltan los descargadores y desaparecen, sacos al hombro, hacia la recóndita carbonera. El ~~roto~~ <sup>hombre</sup> que echa los sacos a los hombros de sus compañeros, queda allí, de pie, negro por el polvillo, en la actitud de quien está regalando calor. En ese momento, de alguna parte, de alguna oscura parte, surge una chiquitina de no más de diez años; se acerca, echa una mirada al ~~roto~~ <sup>hombre</sup>, que la contempla como un titán puede contemplar a una hormiga, despliega con presteza una hoja de diario que trae bajo el brazo y prestamente también, pero con una urgente presteza, empieza a recoger los trozos de carbón que han saltado de los sacos. El roto, olímpico, ni siquiera la mira, aunque la siente y la sabe allí. Vuelven los descargadores, nuevos sa-

*Rojas*  
cos, nuevos trozos de carbón. El ~~oto~~, sin mirar a la chiquilla, empuja con el pie y echa al suelo los trozos que han quedado sobre la cubierta; X junto con partir el camión, la chiquitina entera su preciosa carga y se va, apretándola con todo su cuerpecillo.

Es también, como la otra, una madrecita, madrecitas que dentro de pocos años, buenamente o a la guerra, serán reales madres de algunos humildes chilenos-chilenos, de esos que nunca, desde que Chile es Chile, han salido de su condición, a pesar de haber entregado sus vidas en las salitre-ras, en las minas y en las fábricas; madres, sin esperanza ni destino, de hijos también sin esperanza ni destino.

~~Manuel Rojas~~

1944

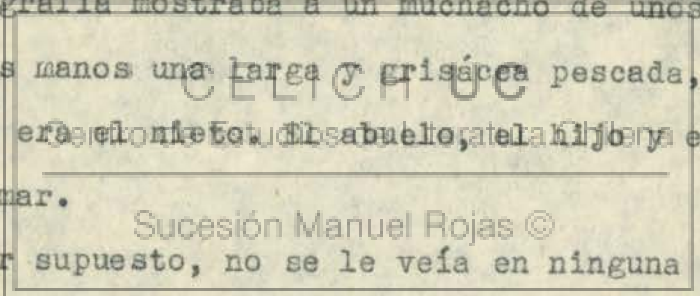
CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©

Tres generaciones frente al mar

Con este título, en la exposición de motivos del mar realizada en el local de la Liga Marítima de Chile, podía verse un conjunto de fotografías que representaban lo que el título indica. Una de ellas mostraba, de perfil, a un viejo pescador; la cabeza enfundada en un gorro de lana y sentado en una pendiente arenosa, el veterano de las caletas porteñas parecía pensar en algo que sólo a él incumbía: era el abuelo. En la siguiente fotografía podía verse, de frente y sin disimulos de ninguna especie, a un hombre joven, bien formado; con un aire y un color que hacían recordar el color y el aire de algunos pueblos del Mediterráneo, este hombre parecía no pensar en nada: estaba ahí, resuelto a todo, sin miedo a nada y parecía esperar, para moverse, que alguien lo invitara o lo desafiara: era el hijo. La última fotografía mostraba a un muchacho de unos doce o catorce años; sostenía en sus manos una larga y grisácea pescada, a la que miraba con aire de triunfo: era el nieto. El abuelo, el hijo y el nieto: tres generaciones frente al mar.



Sucesión Manuel Rojas ©

Al mar, por supuesto, no se le veía en ninguna de las tres fotografías; no era necesario, por lo demás: volviendo la cabeza podía vérselo, por la ventana, bañando la costa, cabeceando suavemente sobre las playas chilenas. Si el abuelo era el abuelo, el hijo el hijo y el nieto el nieto, ¿qué era el mar? Era el padre, y allí, verde, azul, profundo, manso, parecía esperar, pacientemente, la salida de los hijos que estaban allí dentro, en aquellas fotografías, hijos que él había prestado a los hombres para que los miraran un rato, un breve rato. "Son míos -- parecía decir -- y los estoy esperando. Decíles que salgan. ¿Qué hacen ahí, expuestos a las miradas de hombres indiferentes a sus vidas y a sus destinos? Son míos, viven de mí, de mis peces, de mis mariscos, de mis algas; es cierto que a veces me los trago, pero no es mía la culpa: hay fuerzas superiores y es preciso obedecer. ¿Qué soy yo frente al cielo, frente a los vientos o frente a los astros? Un humilde mar. Decíles que salgan; los hombres no les

darán nada; les dirán, algunas veces, que son bravos, trabajadores, esforzados -- la canción de siempre; otras veces, si están de mal humor, dirán que son sucios, borrachos, flojos -- la canción de siempre, variante de la otra. En ningún caso saldrán ellos ganando gran cosa. Vamos, hijos míos; se acerca la hora. Estoy juntando mis congrios, mis corvinas, mis pescadas y mis sardinas y os espero."

Atardecía. Cuando volví a mirar las fotografías, el viejo, sentado en la arena; el hombre, desafiante; el niño, orgulloso de su larga pescada, parecían estar escuchando aquella suave y paternal voz. Y quién sabe si ya habían partido hacia el mar, dejando allí nada más que sus imágenes.

~~Manuel Rojas~~

1944

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©

~~Revisión 16 III 45~~  
Un recuerdo de las elecciones

El borracho se perfila en la puerta: barbudo, sucio, ya casi sin dientes, parece salido de un tarro basurero o del mero alcantarillado. Mi primer impulso es coger la máquina de escribir y arrojársela a la cabeza. Me retengo, sin embargo, porque las máquinas están escasas y caras, y con voz que quiere ser afectuosa pero <sup>que</sup> no es más que irónica, le digo:

--¿Ya está usted otra vez por aquí? ¡Tanto tiempo sin verlo!

Me visita, en esa facha y con el mismo objeto, desde hace más de quince años. Lo conozco hace más de veinte. En un tiempo fué hasta decente. Me extraña verlo volver, pues mi última entrevista con él fué un poco breve: me cogió en un momento de mal humor y un grito lo hizo salir de estampía. Sin embargo, ha vuelto: su sed es más grande que su vergüenza. Avanza hacia mí rodeado de olores que me suscitan las más variadas e igualmente desagradables imágenes <sup>afectivas</sup>.

--¿Cómo está su señora? -- le preguntó, para iniciar la conversación.

--¿Ya la mató usted?

Habla y me parece que las damajuanas han adquirido el don del lenguaje:

--¿Matarla yo? ¡Cómo se le ocurre! Soy incapaz de hacer daño a nadie.

--Pero es que con la vida que le da...

--Sí, es cierto; pero, no crea usted: ella se las arregla lo más bien. Cuando no le puedo dar nada se va a casa de su hijo, mi hijastro. El chiquillo salió muy avisado: sabe electricidad, radio, imprenta, mecánica, arregla relojes y tiene como cuarenta y cinco gallinas y patos; todos los días le ponen ~~un~~ huevos... Claro, extranjero; en cambio, yo, chileno, soy un "sturdío".

--Pero ya es hora de que usted la pare. ¡Hasta cuándo!

--No crea que le pongo mucho... ¿Sabe por qué me descarrilé últimamente? Por las elecciones. Claro: al P. C. le gané cincuenta pesos; al P. R. treinta. Claro está que yo no vendí mi conciencia; eso no; los hice lesos

y voté por mi candidato. Llevaba mi voto bien escondido. ¿Quién me va a registrar a mí? Total: ochenta pesos. Le dí cincuenta a la señora y con los otros treinta me fui a tomar un trago. Y ahí estamos.

¡Un trago! Las elecciones fueron el día 4 y estamos a 14. Es decir, lleva diez días bebiendo, ¡y con sólo treinta pesos! Las elecciones hacen milagros.

--Pero mañana me siento al banco y le doy duro a los zapatos.

Le doy cinco pesos: es más cómodo que enterrarlo debajo de la Underwood, ir preso y ser condenado.

--Quién sabe si dándole estos cinco pesos le hago más un mal que un bien.

--No crea, don Manuel: en mi corazón... Usted sabe, los hombres de sentimiento y de intelectualidad...

Me echa un largo discurso sentimental y se va, de nuevo, a su alcantarilla. Por mi parte, apunto una pérdida de cinco pesos. La cargo a la cuenta de las elecciones.

Centro de Estudios de Literatura Chilena  
Sucesión Manuel Rojas ©

~~Manuel Rojas~~

1945

Historia de tren

--A propósito de su artículo sobre la descortesía y la antipatía reinante entre los santiaguinos -- me dice mi amigo -- quiero contarle, a modo ilustrativo, lo que presencié hace poco en un tren. Era un ordinario de esos que salen de Mapocho a las 13.40. Iba lleno de gente. En un asiento de primera clase se veía sentadas a tres personas, ~~una~~ de esas personas pertenecientes a familia de gran peso, con buenas glándulas. Ninguna de ellas bajaría de los setenta y cinco kilos. Parecían hermanos y podríamos llamarles Los Tres Hermanos Gordos: una señorita y dos jóvenes. Chupaban caramelos, sonreían y departían amablemente. En el mismo coche había un señor que viajaba con toda la familia y que buscaba, desesperadamente, dónde meterla. Preguntó a las Tres Personas Gordas si el asiento que estaba al lado ~~de ellas se encontraba desocupado; le~~ dijeron que sí, pero con la misma cara que le ~~podían haber dicho~~ que no. El señor metió allí a una ~~niñera con una~~ Señora de Estudios de Literatura Gordas pusieron una cara más larga que una camisa de dormir, mientras el caballero partía en busca de asientos donde colocar a la señora, dos niñitos, una cuñada y la mamá. Ubicados todos, vino a sentarse, con cara de fatigado, cerca de Los Tres Hermanos Gordos. Dieron las 13.50, las 13.55, las 13.58 y el tren se dispuso a partir. Sólo cuando los ayudantes golpeaban las manos y el conductor sacaba el silbato, dos de las personas gordas se levantaron, besaron ceremoniosamente a la otra persona gorda, que era la señorita, y se bajaron del coche. ¡Qué le parece!

--Muy instructivo. ¿Y qué hizo el Caballero de la Numerosa familia?  
                                    alejarse                                    acercarse  
--Los miró ~~hazjazzum~~ como quien mira ~~mámjazzum~~ una porción de sulfato de soda; no dijo nada, pero trajo a la cuñada, los dos niñitos y la mamá y rodeó con ellos a la Señorita Gorda.

--¿Y ésta?

--Cuando la miré por última vez, la encontré más delgada: hacía un ca

lor de los demonios; la guagua clamaba por papa, los niñitos por helados, la cuñada retaba a los niñitos y la mamá se quejaba de que en el tren se vendieran tantas cosas: refrescos, helados, tortas, sandwichs, sustancia, con lo cual los niños pasaban soliviantados, <sup>todo lo que</sup> ~~cuando~~ veían para beber o para comer.

--¿La Señorita Gorda...?

--Adelgazaba a ojos vista.

--¿La madre de los niñitos...?

--Leía "Ecran"

--¿Y el Caballero de la Numerosa Familia...?

--Leía el "Fausto", abanicándose con él de vez en cuando.

~~Manuel Rojas~~

1945

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©



# Cosas de Chile

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

---

Sucesión Manuel Rojas ©

Caupolicán contra Stalingrado

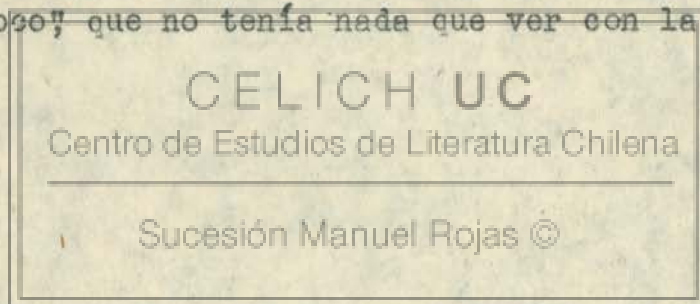
Competían, entre otros, el "Pato Loco", el "Caupolicán" y el "Stalingrado", todos de la flor y nata de las flotas pesqueras de las caletas del Membrillo y de Portales. Vistas desde la Casa de Botes, las tripulaciones no diferían entre sí, singularizándose todas por lo abigarrado de sus vestimentas. Uno de los tripulantes del "Pato Loco", por ejemplo, llevaba puesto algo que parecía, desde tierra, el forro de un chaleco cruzado; podía haber sido un inusitado chaleco blanco, pero el desgarrón que mostraba en la espalda parecía rechazar la idea de algo entero. En todo caso, era una prenda que podía haber hecho juego con la gabardina de Cantinflas. Los súeter de los demás lucían colores que no eran más que el recuerdo de lo que habían sido en su mocedad: violeta desmayado, marrón en derrota, verde suspirante, etcétera. ~~No se trataba de un torneo de elegancia y la posibilidad de que las chalupas se diesen vuelta había hecho que los tripulantes eligieran lo menos llamativo de sus roperos.~~

Amarradas de los coperoles por medio de un cabo y puestas en racha las chalupas, los tripulantes, tres en total, el de la proa con un solo remo, debían bogar hasta que una embarcación arrastrara a la otra. El juez, situado en la parte media del cabo, dió, desde su bote, la señal de empezar: ¡Ya!

"Stalingrado" contó, desde antes de darse la partida, con la simpatía general; no en vano su nombre recordaba la ciudad en que el pueblo ruso ha peleado la más espantosa de las batallas de esta guerra. Esta simpatía, claro está, no era lógica sino simplemente sentimental, pero así son, en su mayoría, las simpatías. "Caupolicán", en cambio, fué mirado, como se dice vulgarmente, "a huevo"; el hombre que recuerda ese nombre murió hace siglos y sus descendientes, dejados de la mano de Dios y de los gobernantes, son cada día más pequeños de estatura, tienen cada día menos esperanzas y mueren cada día en mayor número. ¿Quién sería capaz de dar una ficha por su destino?

"Stalingrado", pues, ayudado por la corriente de simpatía que manaba desde la orilla, arrastró a "Caupolicán", que luchaba, solito mi alma, contra los tesos músculos de uno y la blanda simpatía de otros. Los bogadores se paraban en el esfuerzo y parecía que, de pronto, iban a salir hacia el aire, disparados por su propio impulso. Los fleteros y pescadores gritaban tallas que restallaban como latigazos, y ya iba el juez a bajar la bandera, dando por vencedor a "Stalingrado", cuando "Caupolicán", reuniendo todas sus energías, dió a su contrincante un tirón soberbio. Y tirón va y tirón viene, ganó todo lo que había perdido. "Stalingrado" recurrió, entonces, a la trampa: por dos veces, el bogador de proa, tomando el cabo, tiró hacia sí, <sup>arrastrando ilícitamente</sup> ~~habiendo~~/a "Caupolicán"; pero todo fué inútil.

"Caupolicán", abandonado por todos, ganó la competencia. Segundo figuró el "Pato Logo" que no tenía nada que ver con la historia antigua ni con la moderna.



~~Manuel Rojas~~

1944

La goleta "San Félix" se hace a la mar.

Atardece sobre la bahía de Quintero. Anclada a unas brazas del muelle, la goleta "San Félix", con toda su tripulación a bordo y el motor "caliente", espera la orden de zarpe. Lleva a remolque otra, más pequeña, sin nombre ni puerto de matrícula visible en parte alguna, pero que se llama "Yolanda". Son goletas langosteras. Viajan entre Quintero y Juan Fernández, y aunque los temporales suelen desviarlas hasta doscientas millas de su ruta habitual, nada ha podido, hasta ahora, impedir que vuelvan una y otra vez al continente, aunque a veces, en vez de recalar en Quintero, recalán donde pueden. Los patos liles vuelan hacia la costa y algunas gaviotas giran y gritan en el aire.

Mientras la tripulación, virada ya una parte de la cadena del ancla, espera, el capitán, que parece no tener prisa, conversa con unos amigos en el muelle. Es un hombre joven, alto, de movimientos decididos. Por fin, cuando, al parecer, ha dicho todo lo que tenía que decir u oído todo lo que tenía que escuchar, se acerca a la orilla, da orden de que viren el ancla y se embarca en un chinchorro.

En ese momento, uno de los tripulantes se asoma a la borda y grita, con alegre voz:

--¡Para despedirnos de Quintero vamos a echar una cantadita!

Hay expectación en la gente que presencia la partida de las goletas, expectación que se ve satisfecha cuando uno de los tripulantes, en camisa y guitarra en mano, sube a la toldilla, apoya un pie en la baranda y empieza a rasguear las cuerdas, entonándose y rompiendo luego a cantar. Su canto, cuya letra va improvisando, es sencillo como su alma. Dice, por ejemplo: "Ya nos vamos, ya nos vamos -- de este puerto de Quintero -- y con rumbo a San Antonio -- les decimos hasta luego." Las notas de la guitarra suenan extrañamente; parecen chocar contra el agua y, perdiendo en el choque algo de su fuerza, llegan a la orilla con un inaudito tono ácueo. Ter

minada la despedida, el cantor dedica un cogollo al capitán de la "Yolanda": "Y a usted, señor Alemparte -- también le voy a cantar -- porque la goleta "San Félix" -- ya se va a hacer a la mar."

Zarpa la goleta, aproando hacia Las Ventanas. Está oscureciendo. El cantor inicia una nueva tonada en que habla del cariño maternal. En la oscuridad no se distingue ya, sobre la cubierta de la "San Félix", más que la blanca camisa del cantor, y cuando la goleta, llegada al centro de la bahía, vira hacia alta mar, no se ve ya nada; sólo se oyen las notas de la guitarra, cada vez más lejanas y cada vez más llenas como de agua.

~~Manuel Rojas~~

1945

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©

Cosas de pájaros

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

---

Sucesión Manuel Rojas ©

### Un refugiado

En el instante en que me dispengo a sentarme a la mesa para almorzar, veo pasar por el jardín, andando a saltitos, un cuerpo cuyas formas y colores no me son habituales. Extrañado, me acerco despacio a los vidrios y miro atentamente. ¡Maravilla! Pequeñito, con la cabeza de un marrón oscuro inmaculado y el rechencho cuerpo luciendo un abrigo del más puro gris, un pajarillo ambula, a saltitos que parecen dadas de perfil, entre las matas de rosas.

La vista y el recuerdo que tengo de las formas y de los colores no me han engañado: aquel pajarillo es un ser exótico en mi jardín. Todos los días, y durante todo el año, veo pasar, volando e saltando, gerriónes y chinceles. Sus formas y colores me son tan familiares como las formas y los colores de mis hijos. En otoño viene a agregarse, a las formas y colores de ~~un~~ aquellos dos pajarillos, una forma y ~~numerosas~~ <sup>unos colores</sup> diversas: el de las tórtelitas cuyanas, grises y rechenchas, de más volumen, que se pasean por los jardines y calles del barrio con el aspecto y los modos de señoras muy dignas y muy lentas. A esas tres formas y a esos colores hay que agregar, en primavera, ~~las~~ ~~formas~~ y los colores de los chirihues, con su resplandor amarillo. Finalmente, ~~las~~ ~~formas~~ y los colores de las gelendrinas. y la forma y los colores de tal cual jilguero. Y pare usted de contar.

De modo que lo que no sea gerrión, chincel, tórtela, chirihue, gelendrina o jilguero (no quiero mentar a los tiuques, antipáticos y chillenes) debe, si pasa ante mi vista y aunque sea diuca, que es también exótica en el barrio, llamarme la atención. Es lo que me pasa con este pajafille. No tiene el aire de pendenciero del gerrión ni el aspecto de inocente del chincel; es como la mitad de una tórtela; no es azul oscuro como la gelendrina ni amarillo como el chirihue o el jilguero y aunque su gris sea como el de la tórtela o como el de la diuca, su forma,

en cambio, no tiene nada que ver con la de ninguna de estas avecillas:  
es suavísima, redondita, se diría que pura y tibia pluma y su modo de  
desplazarse es de una distinción sin igual.

¿Qué pejarillo será? No se me ocurre. ¿Talvez un pitío? Puede ser.  
Pere, ¿qué importa su nombre? Mirádele, no siente sino un deseo: el de  
que su residencia entre nosotros sea plácida, tan plácida como su ~~impureza~~  
forma y su belleza. Sé que viene de lejos, de los primeros faldeos cer-  
dilleranos, de las quebradas de Peñalolén o del cerro de la Provincia,  
huyendo de la nieve y del frío. Eso me basta y le desearía lo mismo si  
no tuviera hermosas formas ni fuera ~~hermosa~~ bello.

Bienvenido a mi jardín, refugiado.

1943

Manuel Rojas

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©



El gorrión

La discusión sobre si el gorrión es dañino o no, dura ya algunos años, sin que se haya llegado a probar, definitivamente, si lo es o no. Si ~~no~~ <sup>no</sup> nos equivocamos, don Emilio Vaise, el recordado Omer Emeth, salió una vez en defensa de este pajarillo. Los cargos que se le hacen son dos: ataca las siembras y destruye los nidos de diucas y chincoles. ¿Qué hay de cierto en estas imputaciones? Respecto a la primera, nuestra experiencia nos dice que a una distancia de veinte kilómetros o menos de ~~manifiestamente~~ <sup>cualesquiera</sup> de las ciudades o pueblos de Chile, el gorrión no existe. Este conirrostro es, prácticamente, un habitante urbano o suburbano, no rural. En cierta ocasión, mientras araban un campo en las inmediaciones de Rengo, observamos que enormes bandadas de pajarillos seguían al arado. Dos muchachos, armados de escopetas, disparaban de tiempo en tiempo sobre ellos, abatiendo con cada disparo veinte o treinta piezas, entre ~~las cuales no se encontró~~ <sup>ninguna</sup> ~~ninguna~~ <sup>ves,</sup> gorrión alguno. Se ~~trata de~~ <sup>trata de</sup> principalmente, de diucas, chincoles, triles, coglegiales y hasta molineros y ~~de~~ <sup>de</sup> lloicas, que se banquetean con las larvas y lombrices que el arado dejaba en descubierto.

¿Qué puede indicar esto? Que el gorrión no ataca las grandes siembras. Sus depredaciones en ellas se reducirán, seguramente, a las que ~~se~~ <sup>se</sup> verifican en lugares situados muy cerca de los pueblos y ciudades. La agricultura, la gran agricultura, parece no temer a los gorriones. ¿Se ha quejado algún hacendado de los perjuicios que causan ~~en~~ <sup>en</sup> estos pajarillos?

Fabre, el naturalista francés, alaba al gorrión como a un gran auxiliar de la agricultura. Su alimentación insectívora lo coloca, junto al murciélago y a la golondrina, entre las aves que en Francia ayudan a exterminar ~~los~~ <sup>los</sup> enemigos de las siembras y plantaciones. Fabre no dice, como dice de otros pajarillos, que el gorrión sea también granívoro. Puede que lo sea ~~al~~ <sup>al</sup> go, pero no tanto como para que el gran sabio francés lo hidiera notar. Es lo mismo, quizá, que ocurre en Chile: el gorrión es granívoro, pero ~~no~~ <sup>no tanto</sup>

Como para que pidamos a gritos su exterminio. ¿Es también vegetariano el  
gorrión, o sea ataca las yemas y brotes de los sembrados? Su costumbre de  
vivir en los lugares muy habitados, indica ~~también~~ que no. Y si resultare  
que lo es, querría decir que el gorrión ha sufrido en Chile, como según di-  
cen ocurre con todos los animales importados, una notable degeneración. La  
tierra chilena lo ha echado a perder. Pero esto, a fin de cuentas, no sería  
culpa suya.

Manuel Rojas

1944

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©

El gorrión y sus depredaciones

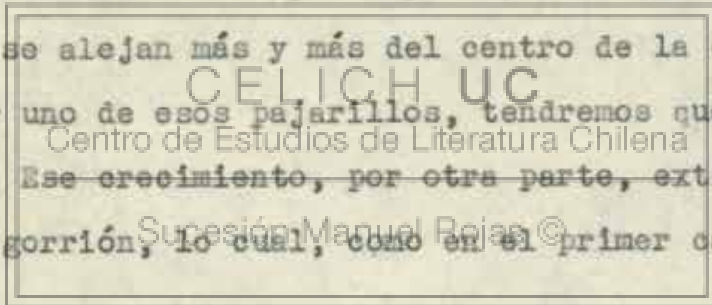
El segundo grave cargo que se hace al gorrión es el de que destruye los nidos de chirihues y diucas, jilgueros y chincoles, ahuyentándolos y procurando ~~mmm~~ su extinción. <sup>ari</sup> ¿Hasta qué grado es cierto esto, si es cierto en algún grado? ¿Se ha confirmado, por algún ornitólogo u observador digno de fe, la verdad de esta imputación? Lo ignoramos. Y como la gente es muy inclinada a creer, de buenas a primera, lo que otra gente dice, nos permitiremos opinar, en tanto alguien no nos demuestre fehacientemente lo contrario, que esa imputación es falsa. Nuestra negativa se basa en las siguientes observaciones personales.

En el barrio en que vivimos, lo mismo que en todos los de Santiago, el gorrión es un habitante de todo el año, o sea, es un pájaro sedentario. ~~mm~~ El chincol y el ~~chirihue~~, la diuca y el jilguero, son, por lo contrario, pasajeros de la primavera <sup>C E L I C H U C</sup> y del verano, <sup>C</sup> o sea, son pájaros migratorios. (El chincol y el ~~chirihue~~ <sup>Centro de Estudios de Literatura Chilena</sup> son los más abundantes y en tanto que el primero no se marcha hasta el otoño, el segundo desaparece cuando se inician los calores fuertes, ~~después, seguramente, de su puesta y saca de los pichones.~~ <sup>sucesión Manuel Rojas</sup> No deja de ser curioso -- y merecería un buen estudio -- el hecho de que esos pajarillos elijan los alrededores de Santiago <sup>para</sup> ~~mmmmmm~~ cuna de sus hijos.) ¿A dónde van y de dónde vienen esos pájaros? Es lo que esperamos nos diga algún día alguno ~~x~~ de nuestros ornitólogos.

El gorrión, como sedentario, tiene nidos seguros, eligiendo, para ubicarlos, los aleros y tejados de las casas de más de un piso. El chincol, en cambio, como sujeto migratorio, hace su nidos en cualquiera parte, de preferencia en los árboles o arbustos de mucho follaje. (En el jardín de nuestra casa tuvimos este año dos nidos de este pajarillo, cada uno con dos huevos. Desgraciadamente, fueron abandonados. Creo que los niños de la casa manosearon los huevecillos.) La diuca anida en sitios más retirados y en cuanto al chirihue y al jilguero, prefieren, para anidar, los <sup>(patios de)</sup> pastos altos. ~~de los patios.~~

Si esto es así, como así lo hemos observado, ¿qué interés puede tener el gorrión en destruir, como se dice que lo hace, los nidos de aquellos pajarillos? ¿De qué le serviría? Puede haber ocurrido eso alguna vez, como puede ocurrir que el gorrión se meta una que otra vez en algún sembrado próximo a la ciudad, pero una golondrina no hace verano. Este año, por ejemplo, ha habido en los barrios altos de la ciudad gran afluencia de chirihues y chincoles, sobrepasando su número al de otros años. (¿Por qué causa? ¿La sequía, talvez?) En ningún momento hemos observado discordia alguna entre gorrones, chincoles y chirihues.

Lo que pasa, a nuestro juicio, es que, a medida que la ciudad crece, el chincol y el chirihue, la diuca y el jilguero, que parecen no simpatizar -- lo cual pudiera demostrar un principio de inteligencia -- con los centros muy poblados, se alejan más y más del centro de la ciudad. Dentro de pocos años, para ver uno de esos pajarillos, tendremos que hacer excursiones de algunas horas. Ese crecimiento, por otra parte, extiende más y más el área habitable del gorrión, lo cual, como en el primer caso, tampoco es culpa suya.



Manuel ROJAS

1944

Gaviotas

Al salir de la casa veo, sobre el maicillo de la terraza, cuatro pájaros de largas patas. Asombrado, me detengo a observarlos. Hay muchos pájaros en Isla Negra, chincoles, diucas, tordos, zorzales, bailarines, jilgueros, remolineras, raras, loicas, queltehues, gaviotas, alcatraces, patos lilés y otros, todos, con excepción de los marinos, emigrantes que vienen a pasar el invierno a esta costa brava. Pero éstos... ¿qué son? Las patas, como de zancudas, me desconciertan, pues las zancudas son, entre los pájaros, los más tímidos y los más huraños y éstos no tienen nada de lo primero aunque sí mucho de lo segundo: no se han asustado al verme y permanecen <sup>unos</sup> a/cuatro pasos de mí, pero nada más que a unos cuatro pasos; si avanzo, retroceden. Me desconciertan también sus alas, pequeñas para su tamaño -- son ~~como~~ una mitad más grandes que una perdiz. El pico, negro y macizo, afilado en su parte superior, tiene en esa parte una curva que no promete nada de bueno. ¿Qué pájaros son estos? Como para asombrarme más, uno de ellos avanza hacia mí, agacha la cabecita y lanza una especie de chirrido. Corro hacia la casa.

--Dime qué pájaros son estos.

Totó Cuevas, con aire de ornitóloga, me dice:

--Son gaviotas.

--¿Gaviotas? ¿Me quieres tomar el pelo?

--No: son gaviotas.

--¿Con esa facha?

--Sí; son nuevecitas. El pescador de aquí las encontró en unas rocas y se las trajo; les ha cortado las alas y ahí las tienes, muriéndose de hambre.

Durante los días que permanezco en Isla Negra me dedicó a alimentar, aunque escasamente, a los gaviotines, y digo escasamente porque la verdad es que comemos como lennes y no quedan casi restos. Apenas me ven, y por lejos que se encuentren, se detienen a mirarme; en cuanto hago con los

brazos un movimiento como de quien arroja algo al aire, acuden a la carrera. Pedazos de pan, tiras de jamón, restos de guisos; todo se lo tragan de buena gana y con una rapidez asombrosa. Mirándolos, concluyo por sentir por ellos una piedad y una lástima inmensas. Viven a un paso del mar, en cuyas aguas podrían encontrar, fácilmente, más alimento, más exquisito alimento del que pueden darles los que, como yo, se apiaden de su suerte; no lo saben, sin embargo, y mueren de hambre. Un estúpido los sacó de su nido y los privó de su infancia y de su aprendizaje para la vida; para colmo, les ha cortado las alas.

Cuando parto de Isla Negra, las veo quizá por última vez: allí están, bajo la lluvia torrencial, picoteando en los charcos de agua, como vulgares gallinas, ellas, reinas de los vientos y adorno de los mares.

<p>CELICH UC</p> <hr/> <p>Centro de Estudios de Literatura Chilena</p> <hr/> <p>Sucesión Manuel Rojas ©</p>
---

~~Manuel Rojas~~

1944

~~Meinca 17-I-45~~

Garzas blancas en Polpaico

La garza blanca es, entre todas las aves residentes en Chile, una de las más bellas, no sólo por su forma, exótica para nuestro paisaje, sino también por su deslumbrante blancura. Ver una garza blanca posada sobre uno de los árboles de las orillas del río Aconcagua, en el último tramo de su desembocadura, o verla volar sobre el valle del mismo río, es un espectáculo que recrea la vista y el alma.

Esta garza blanca fué, hasta hace pocos años, extraña y estúpidamente perseguida por comerciantes y aficionados a matar aves por el gusto de matar, pues en Chile, y en todo el mundo, existen seres -- humanos, para deshonra de la especie -- para quienes el matar aves es una especie de distracción espiritual. No hacen distinción entre un ave comestible -- una perdiz o una codorniz, por ejemplo -- y una que no lo es. La cuestión es matar. "Cuando yo salgo a cazar -- ~~oír~~ -- ver una vez a uno de estos bárbaros -- mato lo que encuentro, sea cherecán, zorzal, conejo o cóndor." Y en cierta ocasión, viajando entre Puerto Montt y ~~Magallanes~~ <sup>Punta Arenas,</sup> pude observar cómo, un individuo de aspecto decente, disparaba en los canales contra toda ave que se pusiera a su vista, aves que, por supuesto, caían muertas al mar o sobre las orillas de los islotes. "Ando de vacaciones -- dijo -- y me he comprado este riflecito. ¿Es bueno, eh?" No pude, desgraciadamente, encontrar la oportunidad de darle un empujón y enviarle a hacer compañía a los pájaros que mataba. Yo también andaba de vacaciones...

Protegida por una inteligente ley, la garza blanca ha logrado, en poco tiempo, reproducirse lo suficiente como para poder ser admirada en las orillas de los esteros, pantanos, ríos y lagunas de las provincias de Santiago y Valparaíso. Años atrás sólo era posible verla en las provincias de Colchagua al sur, en donde la gente campesina, según parece, sobre todo la chilena, es menos civilizada pero más humana y no persigue ni mata a las aves por el gusto de matarlas. Y digo "sobre todo la chilena" porque es sabido que los peores enemigos de los pájaros, en América del Sur, son

los extranjeros, de <sup>los</sup> origen latino en general y los italianos en particular.

La garza blanca no es una ave dañina; sólo se alimenta de pececillos, batracios, ratones, larvas acuáticas y gusanos y en los arrozales de San Vicente de Tagua-Tagua y en los demás del país se ha constituido en protectora de los sembrados: consume toda clase de bichos dañinos, sin tocar para nada las siembras o cosechas.

Cuando uno pasa, en primavera, y ahora mismo, por las vegas de Polpaico, cree estar en otro país al ver, sobre las tranquilas aguas, las blancas bandadas de garzas. Y todo eso nada más que porque se ha prohibido, a unos pocos bárbaros, comerciantes o no, matarlas para aprovechar sus plumas o simplemente para matarlas.

~~Manuel Rojas~~

1945

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©





tral. La verdad es que, al escribir aquel articulillo, no pretendí arañar a la poetisa, cuya obra admiro desde mucho tiempo antes que mi amigo y con quien me siento ligado por profundos e íntimos recuerdos, sino, más bien, defenderla contra aquella lluvia de camotes literarios. Y, defendiéndola a ella, defender la honestidad personal y literaria de los escritores en general.

A ese futuro Tratado de Teratología Literaria, deberá agregarse un caso nuevo. En "El Mercurio" del Domingo pasado, en un artículo titulado "Gabriela Mistral reúne su obra" y firmado por dos iniciales, se puede leer lo siguiente: "En el fondo, la ceguera primordial y la fortaleza de la roca andina -- el hombre sudamericano es mineral (!), según algunos ensayistas -- dicen su escritura simple, potente, tárnica (¿es un error tipográfico o un neologismo?) y salvaje, emergiendo como volcanes en medio de la superficie occidental de su palabra. Es esto lo que tortura su lenguaje, lo deforma y contorsiona. Pero, en medio de ese grito abisal, que sube del fondo de su inconsciente colectivo, surge la voz europea, de cultura occidental, de oído fino, italiano (su nombre Gabriela viene de Gabriel D'Annunzio), de canto, de belleza, de moral."

Esto es como para dejar turulato y patidifuso al más templado y obcecado panegirista. Queremos creer que este no es un artículo de redacción sino uno comercial, pagado por la empresa que publicará la obra de Gabriela Mistral, pero el hecho de que venga firmado, aunque sea por iniciales, y colocado al lado del artículo del crítico ~~oficial~~ oficial del diario, puede hacer creer que es un artículo de redacción. Lo cual, claro está, no beneficia de ningún modo a los redactores del diario ni a la página literaria de "El Mercurio".

Manuel Rojas

1941

I.-Motivos

--Vamos a ir al sur -- me dice Waldo Frank -- a estudiar, a trabajar. Nada de conferencias, nada de periodistas. Cuando lleguemos a una ciudad o pueblo, saldremos a caminar por sus calles y observaremos a su gente. Eso es todo. Y poca conversación, nada de conversación.

--Con este hombre -- asegura un amigo -- va usted seguro; no habla casi nada.

A Frank le interesa la gente, sobre todo la del pueblo. El paisaje del sur no le conmovió gran cosa y no recuerdo que durante nuestro viaje haya encontrado nada excepcionalmente hermoso o impresionante, excepto la aparición de los volcanes y cerros Villarrica, Lanín, Telhuaca y Llaima, soberbiamente recortados sobre un cielo muy limpio. Ignoro si esta casi indiferencia por el paisaje se deba a una condición de su personalidad, a que no <sup>8/</sup>teníamos mucho tiempo y al que teníamos prefería dedicarlo a observar y a pensar en la gente, o a que, habiendo viajado por el sur de Argentina, lo conocía por semejanza.

En cuanto a mí, me interesaba, al hacer este viaje, casi únicamente la impresión del paisaje, no como algo literariamente aprovechable sino como simple gozo. El verde vegetal del sur, sobre todo el verde de sus colinas, y el azul de sus ríos, son, por otra parte, elementos de mí mismo, pero elementos que necesite renovar cada cierto tiempo. Los colores se borran en mí más fácilmente que la impresión que me producen los seres animales o humanos. No puedo olvidar a un ser que me haya impresionado por cualquier motivo y en un momento dado puede no sólo recordarlo mentalmente sino que también describir su aspecto y su expresión. Los ríos, los árboles, las montañas, las colinas y los campos se me berran, en cambio, con gran rapidez, no en sus formas sino en sus colores, y <sup>X</sup>la falta de <sup>la falta de</sup>no si/esos colores disminuyera en alguna forma mi personalidad, como si

me hicieran falta para mi inteligencia, para mi sensibilidad o para mantener intacta <sup>7</sup>misión de Chile, debe, de tiempo en tiempo, verlos y empaparme en ellos. (El tiempo, desgraciadamente, se opuso mucho a ello; el cielo, nublado desde antes de llegar a Concepción, y la lluvia que cayó sin cesar sobre Valdivia, me impidieron contemplar a mi gusto los ríos, sobre todo el Laja y el Bio-Bio -- mis favoritos -- y el precioso Calle-Calle.)

Aparte del paisaje me interesaba, claro está, Waldo Frank, no tanto para conocer sus ideas -- que en parte conozco -- como para observar al hombre, sus costumbres y sus métodos de trabajo. Es difícil, para un escritor sudamericano, lograr la oportunidad de intimar o por lo menos estar cerca de un escritor europeo o norteamericano, profesional~~mente~~ de la literatura, tan diferente de uno sudamericano como lo puede ser un aficionado a la carpintería de un carpintero de profesión. Junto a ese deseo existía, por supuesto, otro: el de dar a nuestro huésped, en las tierras del sur, la sensación de que, si bien iba solo en espíritu, tenía a su lado alguien que por lo menos respetaba ese espíritu, por más que el de ambos, el de él y el mío, fuesen desemejantes y hasta si, quizá, contrarios en algunos aspectos.

Manuel Rojas

II.-Trabajando

--Vamos a trabajar -- me decía Waldo Frank.

--Vamos -- le respondía.

"Trabajar" significaba caminar y mirar, cambiando, mientras tanto, tal e cual frase o palabra. He dicho que a Frank parecía no interesarle el paisaje; le interesaba la gente. La miraba, pues, la saboreaba, examinándola de modo minucioso: su expresión, su estatura, su ropa, su condición social, su color, su origen nacional.

--Lo terrible es la ropa -- me dijo en Talcahuano, contemplando a un roto que, literalmente hecho un "jardín de tiras", conversaba plácidamente con unos amigos.

Su mirada era tenaz, casi molesta.

--¿Qué me mire tanto? -- le preguntó, irritada, una mujer que salía del Hospital Regional de Valdivia y que llevaba un niño en brazos --.

¿No ha visto nunca una mujer con hijos?

--¿Qué ha dicho? -- me preguntó Frank.

Le repetí la frase.

--Mi respuesta es: sí, he visto muchas mujeres con hijos, así como he visto muchas flores; pero siempre es agradable mirarlas.

Algunos tipos de hombres le recordaban a la Rusia de antes de la revolución. En Valdivia, mientras caminábamos por la calle Aníbal Pinto, vimos salir de entre unas miserables casuchas de madera a un viejo alto y delgado, con chaqueta gruesa, gorra y barba. Era un ruso auténtico y las casuchas miserables parecían aumentar su autenticidad. Lo contemplamos con admiración, mientras el viejo, no menos admirado, nos contemplaba a su vez y sonreía.

--Buenas tardes, amigo -- le dijo Frank.

--Buenas, pues, patrencito -- respondió el viejo, sonriendo más aun entre su grisácea barbita.

--¿Qué profesión tiene ese hombre? -- me pregunté, en Concepción, en los alrededores del mercado, señalando a un hombre bajo y fuerte, que lucía dignamente unos bigotes de principios de siglo y que llevaba sobre los hombros, a manera de manta colocada sobre otra manta verdadera, un deshilachado trozo de lona blanca. El hombre portaba, además, pelainas y calzaba zapatos con gruesa suela de madera.

¿Qué profesión podría tener? Imposible adivinarlo. Tanto podía ser un carretonero de las orillas del río como un matarife de los cuadros del matadero.

--Es un pueblo fuerte, pero mal vestido -- me dijo, después de una visita a la Población Aguirre, en Valdivia --. En ninguna parte del mundo, excepto en la Rusia pre-revolucionaria y en los arrabales de algunas ciudades de Oriente, he visto hombres tan terriblemente mal vestidos.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Manuel Rojas

Sucesión Manuel Rojas ©

III.-Niños, perros y caballos

Rubén Azócar hace, en ratos perdidos, una especie de catálogo de la expresión y aspecto de los caballos santiaguinos, expresión y aspecto que, según él --y es cierto --, cambian según sea el trabajo que esos animales desempeñan.

A pesar de este su interés por los caballos, nunca he visto a Rubén Azócar detenerse ante uno de esos animales. Su interés -- salvo que yo esté equívocade -- parece ser exclusivamente literario. No hubo en el sur, en cambio, caballo alguno que se colocara cerca de Waldo Frank, o no recibiera de éste algunas cariñosas frases, frases que, cosa curiosa, eran dichas siempre en castellano. Los miraba de un lado y de otro, les acariciaba la cabeza y luego, tentándose los bolsillos, exclamaba:

--¡Caramba! Me he olvidado de traer azúcar... Magda, acuérdesese de que debe traer azúcar para los caballos.

(Pere Magda, claro está, no se acordó nunca del encargo y los caballos del sur deberán esperar un tiempo para recibir el sabroso terrén.) El caballo, entretanto, desconociéndole y no acostumbrado a veces tan tiernas miraba inquieto:

--¿Tiene miedo, no es cierto? -- me preguntaba Frank --. Si tiene miedo es que lo tratan mal.

Ante los perros su actitud era diversa: los miraba sin hablarles, y los quiltros de toda índole y pelaje, formas y colores, le miraban con la misma atención con que él los miraba, extramados talvez de que alguien les miraba con simpatía, sin lanzarles una piedra o un puntapié.

--Los perros -- murmuraba Frank -- son más que animales: son una institución universal. ¿En qué parte del mundo no hay perros?

Toda esa simpatía, esa ternura, esa piedad, se duplicaban cuando se trataba de niños, sobre todo de niños pobres. Tampece les hablaba; los miraba únicamente, sin sonreírles, sin hacerles gesto alguno. Los niños,

tan asebrados como los perres, se le quedaban mirando con la bequita abierta.

En Valdivia, un muchachuele pasó corriendo cerca de nosotros. Frank le llamó y el niño detuvo su carrera y volvié. Le dije:

--¿Per qué corres tante? Se te ha caído un peso. Tema.

Cuando dimos vuelta la esquina, todavía estaba el chico, de pie en medio de la acera, registrándose los bolsillos, aquellos bolsillos, sin duda retos, per donde, asebradamente, se le había caído un peso.

~~Manuel Rojas~~

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©



IV 1.-Un escritor norteamericano

Desde que salimos de Santiago, hasta que regresamos, Waldo Frank no dejó de trabajar. En el tren o en el hotel, cada vez que podía, solo o acompañado de su secretaria, escribía, ya a mano (escribe con la izquierda), ya a máquina. Extrañado de ese afán de trabajo, pregunté a Magda qué escribía Frank.

--Un artículo para una revista norteamericana.

Me pareció raro que un artículo lo absorbiera hasta el punto de no dejarlo ni viajar a gusto. Hablando con él, hallé la explicación.

--Escribo -- me dijo --, para una revista norteamericana, que tiene varios millones de lectores, un artículo sobre Chile.

--Dígame cuánto le pagan por ese artículo y qué dimensiones debe tener.

--Diez o doce carillas. Me pagan quinientos dólares.

(Mentalmente hice el cálculo: quinientos dólares, igual quince mil pesos chilenos, o sea varias veces el sueldo mensual de algunos escritores nuestros, ~~muchos~~ que podrían escribir sobre Chile mucho mejor de lo que lo hará Frank. No está mal.) Me expliqué entonces el afán de escribir que demostraba el autor de "Redescubrimiento de América".

--En Estados Unidos -- agregó Frank --, cuando un escritor ha logrado conquistar cierto nombre, gana más escribiendo artículos que escribiendo libros.

--¿Cuántos ejemplares de una buena novela se pueden vender en Estados Unidos?

--Si es muy buena, a lo sumo, diez mil.

--¿Y los cuentos?

--Los cuentos, en volumen, no tienen mercado.

--¿Qué mínimo de palabras debe tener una novela?

--Para que pueda considerársela comercial, no menos de cincuenta mil.

--A su juicio, ¿qué cree usted que le falta a la literatura sudamericana?

--Es una pregunta muy difícil de contestar. Creo, sin embargo, que le falta lo esencial: madurez, personalidad.

Como estaba de acuerdo con él, me callé.

~~Manuel Rojas~~

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

---

Sucesión Manuel Rojas ©

V.-El español y el norteamericano

A la hora de comida aparece, en el hotel en que nos hospedamos, el escritor español José Ferrater Mora, que ha ido a Concepción a dar algunas conferencias. Pasa a la habitación de Frank y después de los saludos bajamos al comedor. El servicio es pésimo; las camareras nos miran como quien mira un grupo de sillas. Llamamos a una y le manifestamos nuestro deseo de comer. Nos dice que le parece muy natural, pero no vuelve. Llamamos a otra y el resultado es idéntico. Después de un rato muy largo, Frank, irritado, se levanta y se marcha. El gesto es poco galante: hay allí un invitado y una mujer. Pero el tiempo parece valer para Frank mucho más que nuestra presencia.

--¿Por qué se va? -- pregunta Ferrater Mora, con el tono de quien pregunta, por ejemplo, por qué un señor desconocido se ha dejado caer desde un tejado a la calle. Es decir, con indiferencia aunque con curiosidad.

Magda explica entonces, para disculpar a Frank, las costumbres norteamericanas. Para ellos -- dice, más o menos -- la comida no tiene el significado social que tiene para nosotros. Para ellos se trata de comer; nada más. Comen, pues, rápidamente y se marchan también rápidamente.

--¿Y qué hacen después que se marchan? -- pregunta Ferrater Mora con el mismo tono indiferente.

--- ..... (Magda no contesta.)

--Pues yo -- dice el español --, si no me traen luego la comida, converso con los amigos, y si estoy solo, pienso en algo que me interese o miro a la gente que me rodea. No me explico el apuro de este señor.

Magda vuelve a intentar una explicación de las costumbres de algunos norteamericanos. (Digo algunos porque supongo, a pesar de las explicaciones de Magda, que no todos deben ser como Frank.) Las camareras, entre-

tanto, aparecen de nuevo, una después de otra, y en pocos segundos nos encontramos con que disponemos de dos platos de sopa para cada uno, Ferrater Mora sigue hablando y concluye:

--Pues, sí, no me explico el apuro de este señor y no me explico el apuro de todos los norteamericanos. ¡Tiene gracia! Tan apurados para comer y hace un año que han declarado la guerra y todavía no pelean...

Manuel Rojas

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

---

Sucesión Manuel Rojas ©



--¿Y qué nombre damos a Magda?

Después de proponer varios, a cual de todos más estrafalarios, acordamos llamarla Margarita Gautier.

En la noche, cada vez que entro a la pieza, doy el nombre: O. Henry. Pero Magda, a quien parece no hacer mucha gracia el apelativo de Margarita Gautier, responde, cada vez que pregunto quién es: Magda.

--Eso no es lo convenido -- digo a Frank, bromeando --. Magda no contesta lo que debe contestar.

Y Frank se vuelve hacia ella y dice, ~~mirando~~ medio en serio y medio en broma:

--¡Oh, Margarita! Usted toma mi vida con mucha frivolidad.

~~Manuel Rojas~~

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©

VII.-Ignorancia e intuición

Quien oye decir que Waldo Frank es un "campeón del entendimiento panamericano" y un hombre que busca la realidad de América, supone que este escritor es un hombre que conoce, además de la geografía de nuestro continente, la historia de cada uno de los países que lo componen, si no al dedillo, por lo menos en sus líneas generales, conocimiento que es indispensable para el que quiera tener una explicación de ciertos fenómenos políticos, sociales, económicos o de otro importante orden.

Quien eso supone yerra, sin embargo, medio a medio. Waldo Frank sabe de América del Sur -- por lo menos de Chile, y no hay ningún motivo para que sepa algo más de Bolivia o de Ecuador -- mucho menos, pero mucho menos que lo que cualquier escritor o ~~personaje~~ medianamente culto, sudamericano, sabe de Norte América, de Europa, de África o de Oceanía. Su ignorancia es una ~~estupor~~. ¿Cómo es posible -- se pregunta uno -- que un hombre que se preocupa ~~de la historia del sur~~ pueda ignorar hasta tal punto la historia, siquiera superficial, de sus países?

He dicho, en un artículo anterior, que Waldo Frank escribió, durante nuestro viaje por el sur, un artículo sobre Chile. Pues bien: llegó un momento en que, ignoro por qué motivo, debió decir algo relacionado con la guerra de 1879. ¿Qué sabía de esa guerra? Evidentemente, que había ocurrido, ignorando, sí, quién o quiénes habían tomado parte en ella: si Perú y Chile contra Bolivia, Bolivia y Chile contra Perú o Perú y <sup>Bolivia</sup> ~~Chile~~ contra Chile...

En cuanto a escritores chilenos, o literatura chilena, su ignorancia es igualmente grande. Conocía únicamente a cuatro escritores: Mariano Latorre, María Luisa Bombal y Manuel Rojas, que le habían dado sus libros durante su breve permanencia en Santiago, además de Gabriela Mistral, a quien no sé si conocía de tiempo atrás o recientemente.

¡Qué contraste con los escritores chilenos, que conocemos casi al dedillo a todos los escritores norteamericanos!

¿Cómo irá a salir ese artículo sobre Chile?, se preguntarán algunos al leer lo anterior. Pero, cosa curiosa, no sería raro que ese artículo resultara excelente. Y digo esto porque Waldo Frank es, aparte de un hombre inteligente, un escritor muy hábil y un espíritu de gran intuición, uno de esos espíritus que pueden, con uno o dos datos esenciales, reconstruir algo que a otros les costaría enojosos estudios y largas meditaciones.

Los caminos de la inteligencia son infinitos.

Manuel Rojas

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©



VIII.-En la boca del lobo

En un artículo anterior hablé de las precauciones que Frank tomaba en los hoteles. Mucha gente -- amiga y enemiga -- ha supuesto que al <sup>decir</sup> ~~hablar~~ eso yo quería dar a entender que Frank ~~era~~ <sup>es</sup> un cobardo. Nada más lejos de la verdad. Me parece natural, y me lo parecerá siempre, tratase de la persona que se trate, que el hombre que ha sufrido un ataque como el que sufrí Frank, quiera evitar su repetición, no huyendo -- Frank no ha huido, al contrario -- sino tomando algunas simples precauciones, precauciones que, por lo demás, yo era el primero en aplaudir y secundar. Que yo hable de aquello, ahora, en tono humorístico, no quiere decir sino que, una vez pasado lo que podría llamarse "peligro en latencia", me produzca risa, tal como debe producirse a Frank. Y el que no entienda esto no entenderá ya nada.

CELICH UC

Llegamos a Valdivia al amanecer de un día lluvioso. Apenas instalado en el hotel, Frank insinuó que saliéramos a caminar un poco. Accedí a ello. No se veía alma alguna en las calles. Después de vagar un rato, Frank me dijo:

--¿Por qué no entremos a un bar alemán y bebamos una cerveza? Me gustaría mucho.

Aquello me pareció un poco imprudente (después se dirá que yo tiritaba de miedo), pero sí él, que había recibido una paliza, se atrevía a meterse en la boca del lobo, yo, que no he recibido ni siquiera un cosache, lo menos que podía hacer era acompañarle con todo gusto y pegarle al primero que nos mirase con ojos atravesados. Se nos ocurrió, no se por qué, que todos los bares de Valdivia eran alemanes. Entramos, pues, al primero que hallamos: el desierto de Cobi era más poblado que aquello. Buseamos otro: "Bar Schild" (eseudo, en alemán) y como aquello nos convenía, entramos, no sin antes asegurarme yo de que la granada de mano que llevaba en el bolsillo (una Skoda Super-8 de doble anillo) saldría fácilmente cuando la necesi-

sitara.

Chaseo: había un solo alemán, un precioso viejo, de nariz colorada, bajo, que conversaba con alguien y que hizo tanto caso de Frank como el que parecía hacer a la lluvia que caía fuera. Alguien, sin embargo, reconoció a Frank: un chileno, obrero, un poco bebido, que se acercó y dió a mi amigo una cordialísima bienvenida, ofreciéndose para todo aquello que Frank necesitara, incluso para acompañarlo en su viaje a Brasil.

Bebimos nuestra cerveza y nos largamos, desilusionados, Frank por no haber encontrado ningún alemán que lo agrediera y yo por no haber podido probar mi Skoda Super-8.

Una sola demostración hicieron a Frank los enemigos en Valdivia: cierta vez que íbamos del mercado hacia la Plaza, dos muchachas, rubias, muy bonitas, le saludaron levantando el brazo y diciendo: ¡Heil Hitler! Sin embargo, cuando llegaron frente a los que marchábamos un poco más atrás, se detuvieron, y una de ellas, mirando a Frank que la miraba a su vez, exclamó:

--¡Pero, mira, si es muy simpático!

Y como con nazistas de esa índole el mundo sería una delicia, tampoco tuvimos necesidad de matar a nadie.

Manuel Rojas

1942

(Babel)

Cuando apareció en el salón de aquel centro de Estudios sociales, Chumingo, como le llamaron después sus amigos, produjo asombro: no era frecuente ver por allí ~~individuos~~ <sup>que lucieran</sup> ~~con~~ cuello de pajarita y corbata negra de lazo de rosa. Menos común era escuchar a alguien declamar, con la desenvoltura y el énfasis con que lo hizo -- desenvoltura y énfasis que le valieron, de parte del pintor Gilbert, el sobrenombre de "Poeta cohete"-- poesías originales.

Nos hicimos amigos. Debió tener, por ese tiempo, dieciséis años; yo era un poco mayor: tenía diecisiete.

A pesar de que llevó una vida agitada y murió de modo dramático, los recuerdos que de él conservo son alegres y tiernos. De su vida familiar y de su vida íntima sólo supe de pasada. Conoció a su padrastro, maestro carpintero, que tosía de modo profundo -- murió tuberculoso --; a su madre, señora de suaves maneras y de dulces ojos, y a su hermano menor -- Antuco --, que actualmente, si no me equivoco, gana su vida como estucador. Otro hermano pequeño -- Mañungo --, a quien también creo haber conocido, murió niño, causando en Chumingo penoso quebranto.

Cuando le conocí vivía por las calles de Esperanza y Romero -- calles en las que, según Acario Cotapos, ocurren todos los incendios que estalla en Santiago--; yo, por las de Brasil y Andes. Muchas noches le acompañé hasta su casa y él me acompañó, en retribución y en esas mismas noches, hasta la mía. Habíamos hasta cerca del amanecer. <sup>varias veces</sup> ~~En esas noches~~ le leí los horribles versos que componía. Su <sup>crecimiento</sup> ~~cultura~~ literaria era muy superior a la mía y me dió consejos, que me parece no haber aprovechado, animándome a seguir un camino que a él le fué cortado en plena repechada.

Después de aquellos tiempos sólo le ví a ratos. Estudiaba sus códigos

y hacía versos, dedicando <sup>atras</sup> ~~varias algunas~~ horas a empresas amorosas. Pocas veces estuve en su casa y de esas pocas veces guardo recuerdos que no olvidaré nunca: su madre hacía las más ricas cazuelas que manos maternas han preparado bajo el cielo de esta tierra y que estómagos famélicos han devorado, más que comido.

De Esperanza y Romero la familia se trasladó a Nataniel, más allá de Avenida Matta. En aquella casa, antigua y amplia, conocí a Roberto Meza Fuentes, vestido de conscripto, la cabeza como ~~una~~ bola de palitroque y ~~con~~ un cuerpo ~~de~~ adolescente que habría cabido cuatro veces en el que hoy luce ante sus ~~estuporificos~~ contemporáneos. Vivió allí algún tiempo, como invitado. Allí vivió también, y en la misma condición -- sin duda la familia era muy hospitalaria --, José Santos González Vera, a quien Chumingo, aficionado a sorprender a sus amigos, solía proponer enigmas de difícil solución.

--¿Qué haré con \*tanto talento? -- le preguntó cierta vez, tomándose la cabeza de modo que parecía temer que se la cayera de puño pesada.

Frunciendo los labios y sacudiendo con el <sup>índice</sup> ~~dedo~~ ~~trular~~ la ceniza de su <sup>cigarrillo</sup> ~~tabaco~~, González Vera contestó, sin vacilar:

--Suicídate.

Pocos años después de la publicación de su primero y único libro, Rebeldías líricas, el tono poético de Gómez Rojas cambió de modo rotundo: su revolucionarismo se transformó en un fuerte aunque un tanto vago misticismo y el poeta de los conventillos escribió Miserere y otros poemas en que se hablaba de asuntos y emociones que no habrían interesado a los auditores de sus primeros versos, aquellos honrados y duros carpinteros, pintores, zapateros, albañiles o talabarteros que no tenían tiempo ni ganas de pensar en otra cosa que no fuese la revolución social. El "Poeta cohete" había muerto.



nicos, abrumados por el peso de la nieve, cayeron sobre las casas. Sonaron tiros en la Plaza de Armas y un mozo cayó también. La imprenta en que trabajaba, "Númen", fué destrozada por una turbamulta. Entré <sup>El Mercurio</sup> a trabajar como linotipista, a ~~El Mercurio~~, en un turno que terminaba a las tres de la mañana. Gracias a ello no tenía tiempo (ni ganas) de asistir a reuniones políticas o de otro orden. Por otra parte, la candidatura Alessandri me era tan indiferente como el lucero del alba: aquellos honrados carpinteros, pintores, zapateros, albañiles y talabarteros me habían inmunizado para siempre contra esa clase de contagios. Mi salud, además, no era buena: Juan Gandulfo, atemorizado por mi delgadez y por algunos dolorcillos que se me hacían presente en la espalda, me había recomendado todo lo que un médico amigo puede recomendar a un linotipista amigo que trabaja de noche. Me enteraba de lo que ocurría por los sueltos que componía en mi máquina. No supe, sin embargo, cómo y por qué tomaron preso a Chumingo y aún lo ignoro. Por esos días, ~~el encontrarme con un amigo común~~, éste me dijo:

--Ayer fui a la penitenciaría a ver a Chumingo. Le llevé azúcar, cigarrillos, café...

--¿Cómo está?

--No lo ví: me mandó decir con el gendarme que hacía mucho frío y que se había quedado en cama; no pensaba levantarse.

?

A pesar de todo, llegó la primavera y, como todos los años, sentí que el sur me llamaba. Dejé mi máquina y me uní a un grupo de cómicos que partía con rumbo al Estrecho de Magallanes. En Puerto Montt, poco antes de embarcar, leí en los diarios la noticia de su muerte. Era aún un niño: no contaría más de veinticuatro años --, era inocente y era, además, poeta. Ninguna de esas condiciones le señalaba para víctima de una reacción, por inmundas que ella pudiera ser.

Supe, en cierta ocasión, que me buscaba; le busqué a mi vez. Me dijo:

--Necesito que me hagas un favor. Me voy a presentar a un concurso teatral abierto por el Club de Señoras. Tengo la obra terminada, pero no puedo pasarla a máquina: debo preparar mis exámenes. ¿Podrías tú...?

No tenía nada que hacer y le contesté que sí. Añadió:

--Si me dan el premio, te daré el veinte por ciento. ¿Qué te parece?

No era un negocio en que se pudiera regatear, y si me hubiera ofrecido el medio, en vez del veinte por ciento, ~~también~~ <sup>igualmente</sup> le habría dicho que me parecía bien, tan seguro estaba de que jamás vería un céntimo: Chumingo llevaba una vida agitada y la experiencia me había enseñado que si hay algo con que no se debe especular, ese algo es un concurso literario.

Me entregó la obra y me puse a copiarla de inmediato, pues el plazo de entrega se venía encima. Se titulaba La Gioconda, o simplemente Gioconda y me parece, si mis recuerdos no me engañan, que olía a D'Annunzio a cuatro cuadras. Cuando la hube terminado de copiar, se la entregué. Me agradeció y desapareció con ella en dirección al centro. Dos, tres, cuatro meses después, llegó a mi casa y con toda sangre fría, sin que se le moviera un solo músculo de la cara, contó ante mis ojos doce billetes de a diez: era el veinte por ciento ofrecido. Al día siguiente ~~me dio motivo~~ <sup>unas vacaciones en</sup> ~~alguna~~ partí para Valparaíso, menos pesimista respecto de los concursos literarios y más optimista respecto ~~de~~ del sentido de amistad y lealtad entre los hombres.

Durante un tiempo se aficionó al juego. Me dijo un día:

--Los garitos son un gran negocio y sería estupendo montar uno; pero completo, elegante, cómodo.

--Sí -- le dije, pesimista también respecto de los ~~negocios~~ garitos-- pero hay que tener gran capital. No todos los jugadores pierden.

--Es cierto -- centestó --, pero nos arreglaríamos de modo que nadie saliera de allí con dinero.

--¿Cómo?

--Por ejemplo: anexos a las salas de juego <sup>tendríamos</sup> ~~podría haber~~ salones de baile, con mujeres, ¿entiendes?, y allí...

Hizo el ademán de guillotinar a alguien. No me dí por satisfecho.

--¿Y si al tipo no le gustan las mujeres? Hay casos así.

--Pero le gustará la bebida.

--Vaya uno a saber... Hay gente tan rara. Suponte que no le gustaran ni las bebidas ni las mujeres. Se iría con toda la plata.

Me miró, ya impaciente, y me dijo, en voz baja, como si temiera que le oyesen los futuros clientes del garito:

--No nos quedaría más remedio que tener también algunos atracadores. Cuando salieran, a la vuelta de la esquina...

Mi pesimismo triunfó esa vez. No siempre me la iba a ganar.

Nos encontrábamos, a veces, en la Avenida Matta, y cierta noche, acompañados de dos muchachos judíos, estudiantes de medicina, fuimos a dar al almacén que otro judío, bajo y gordo, dijo poseer en la calle Coquimbo. Allí, con un entusiasmo absurdo, armamos una partida de póker. El almacén aquel aparecía pobrísimo y la pieza en que jugamos, que estaba inmediatamente detrás del mostrador y de la mísera estantería -- en realidad todo no era sino una sola pieza --, me parece ahora algo así como la celda que el Conde de Montecristo ocupó en el Castillo de If: de una desolación sollozante. Las latas de conserva que se veían en los estantes eran muy pocas y se veían muy separadas unas de otras, dando la impresión de que eran menos de las que había. No se veía allí, como en otros almacenes, cajones o sacos llenos de mercadería: nada, y todavía me ~~estoy~~ preguntando qué es lo que aquel almacenero vendía allí. Con el tiempo se me ha ocurrido que



aquel negocio había sido rematado o se iba a rematar ~~al día siguiente~~ y que las escasísimas mercaderías que ~~están~~ se veían era lo que ~~había~~ sobra-  
<sup>ra</sup> del remate o lo que el dueño ~~había~~ dejaba para que se rematara. El al-  
 macenero, por su parte, parecía estar, como nosotros, en casa ajena: no  
 nos dijo una sola palabra respecto de cómo debíamos arreglarnos; se sentó  
~~vano, puro~~ y dejó que cada cual obrara por propio impulso. No había luz  
 eléctrica, pero ~~para~~ en los estantes quedaban tres velas -- nada más que  
 tres (los paquetes contienen cuatro) --: pusimos dos en unas botellas, de-  
 jando la otra como reserva, y sentándonos en unos cajones vacíos, pues no  
 había sillas, dimos comienzo a la timbirimba.

El juego tuvo variadas alternativas: el chip fué de cinco centavos --  
 unidad monetaria más pequeña de la época --, con resubida absoluta de ~~man~~  
 veinte, reglas que nadie se atrevió a transgredir, ni siquiera el alma-  
 cenero, quien, ~~a pesar de aquel almacén vacío,~~ aparecía como el capitalis-  
 ta de la partida. (Años después, volví a ver a este hombre: era propieta-  
 rio de un vehículo de transporte colectivo, una góndola, cuya carrocería  
 parecía hecha con las tablas de aquel mostrador y de aquella estantería,  
 más algunos de los melancólicos cajones que nos sirvieron de asiento.)  
 Las menudas monedas pasan de mano en mano, interminablemente, hasta que,  
 al fin, cansadas, empezaron a ~~inmovilizarse~~ <sup>inmovilizarse</sup> aquí y allá. La partida terminó  
 a las cinco de la mañana. Nos despedimos del almacenero, dejándole aban-  
 donado <sup>a un</sup> ~~cajón~~ horrible soledad, y tomamos en dirección a la calle San  
 Diego.

Teníamos un hambre espantosa, pues no habíamos comido en toda la no-  
 che (nadie ~~se~~ <sup>tenido el valor de</sup> había ~~atrevido~~ proponer que se abriera una de las letas  
 de conserva) y Chumingo, que había perdido todo su capital, unos sesenta  
 centavos, propuso que tomáramos desayuno. Aceptamos la idea y entramos a  
 una cafetería. Invité a Chumingo -- tenía el dinero justo para hacerlo:  
 cuarenta centavos -- y uno de los estudiantes invitó al otro, que también

estaba de pérdida. Desgraciadamente, la taza era muy grande y muy chico el trozo de pan que la acompañaba; de este modo, desapareció apenas habíamos humedecido los labios en el caliente y aromático líquido.

--Se acabó el pan -- dijo Chumingo, desconsolado.

El estudiante ganancioso guardó un imponente silencio. Mi amigo, sin embargo, no era hombre a quien los silencios de ninguna índole amedrentasen. Se levantó de donde estábamos sentados, fué hacia él y repitió, mirándole:

--Se acabó el pan.

--Sí -- dijo el otro, sin pestañear.

--Tú eres el único que ha ganado. Préstame cuarenta centavos. Al frente hay una panadería.

--Mira -- respondió el muchacho, con franqueza conmovedora --: tengo catorce pesos justos y pienso ir a las carreras; diez para jugar, dos para la entrada y dos para gastos y movilización. Toma este billete de a dos pesos y compra pan; pero, por tu madre, no gastes más de cuarenta centavos.

Salió Chumingo y allí quedamos, esperando. Desfilaban por San Diego otros tresnochadores: algunos, borrachos; otros, nada más que alegres; muchos, silenciosos y pálidos. La noche había sido buena sólo para muy pocos. El café se enfriaba rápidamente. Por fin, cuando ya pensábamos que lo mejor sería tomarlo como estaba e irnos, José Domingo reapareció: tenía recogidas con las manos las faldas de su sobretodo y de aquel hueco, como de una cansetta, fué sacando, mientras se estremecía de risa, kilos de pan. Finalmente, desabotonándose el sobretodo, sacó, de entre el chaleco y la camisa, una hallulla de veinte por treinta centímetros. Había comprado dos pesos de pan.

Durante mucho tiempo fué famoso, entre sus amigos y admiradores, un dístico que compusiera en circunstancias dramáticas: a la salida de una velada de confraternidad chileno-peruana, realizada en el salón de honor de la Universidad de Chile, estalló un tumulto, y Chumingo, cogido en medio de él, adquirió un garrotezo y un empujón que lo lanzó entre las patas de los caballos de una victoria. Magullado, se levantó, el sombrero hasta las orejas y el sobretodo arrollado al cuello a modo de bufanda, y aulló, indignado:

--¡Qué modo de practicar la fraternidad! ¡A palos con la humanidad!

Desenfadado, de gran sensibilidad, respetuoso en su lenguaje cuando se hablaba de personas que no estaban presentes, gran amigo, José Domingo Gómez Rojas no alcanzó, sin embargo, a madurar plenamente, y si se ~~miran~~ consideran las virtudes y las condiciones que poseía, se ve, con dolor, que pudo haber ~~llegado a ser un excelente hombre y un buen escritor.~~

Sucesión Manuel Rojas ©

~~Santiago, 12 de Agosto de 1945.~~

Todo ser humano, por miserable que sea su condición, tiene una esperanza, pequeña o grande, noble o innoble, inalcanzable o próxima, pero esperanza al fin. Una parte de su ser vive en y de esa esperanza, se alimenta de ella y en ella.

Hay días en que esa esperanza amanece reducida al mínimo, misérrima, espantosamente misérrima. Sus posibilidades de realizarse se han alejado o destruído y el ser humano piensa y siente que más valdría que esa esperanza muriese y con ella aquella parte de su ser que vive de ella y en ella, que se alimenta en ella y de ella y que en esos momentos ni se alimenta ni vive, pues está miserable, tan miserable como la esperanza misma.

Pero el hombre tiene, además, otra esperanza: la de que han de venir días mejores para la suya. La deja, entonces, así, pequeña, entumecida, raquílica, y espera; rechazarla sería rechazarse a sí mismo, matarla equivaldría a matar lo que él más estima en sí mismo.

Hay veces en que el ser humano espera vanamente: su esperanza muere en él, tan marchita como él. Otras veces, en cambio, en aquella raíz casi podrida hay un rebrote, un rebrote que puede morir al poco tiempo o que puede traer otros y otros, fuertes y erguidos, apretados de savia, casi agresivos de vitalidad. El ser humano se siente entonces como debe sentirse un rosal en septiembre: pleno, próximo a estallar, incapaz de resistir la ola de vida que asciende y circula por sus venas. La esperanza está próxima a convertirse en realidad.

Se ha esperado mucho tiempo, han transcurrido muchos días, terribles y amargos días, días de silencio, días en que se prefería no recordar que se tenía una esperanza, días de rencor contra aquello que impedía su desarrollo, días de desprecio para lo que pudiendo vigorizarla, no la vigorizaba. Días de desprecio, en fin, para sí mismo. ¿Cómo se pudo poner una esperanza en manos tan inhábiles, entregarla a dedos tan torpes, a fuerzas tan inútiles?

Todo aquello, sin embargo, no fué en vano: aquí está la esperanza, rebrotando con una fuerza que produce miedo, con una fuerza que está casi más allá de nuestra capacidad de soportarla. Es triste, claro está, muy triste que una esperanza se nutra de hombres muertos, de ciudades rendidas o destrozadas, de incendios, de sangre y de exterminio, pero no siempre le es dado al hombre elegir la materia con que se nutrirá su esperanza.

<sup>2</sup> Este artículo fue escrito el 8 de noviembre de 1942, fecha en que los americanos e ingleses desembarcaron en el Marruecos francés.

~~Minuta 14 Julio 1943~~

Seminómades

Hablar de la vicuña, de la alpaca y de la chinchilla como animales chilenos, va resultando ya un anacronismo. (Dentro de poco, a lo que parece, resultará también anacrónico hablar de los burros.) Respecto al guanaco, sólo se puede hablar de él en términos vagos; quedan algunos, es cierto, pero no existe una región del país en que, con certeza, se pueda decir a alguien: allí encontrará usted guanacos en buena cantidad. La causa de la desaparición de aquellos y de este animal, obedece a dos causas: a la ninguna protección que se les dispensó en el momento oportuno y a la vida y costumbres de algunos habitantes de Chile.

El nómade es, en todas partes del mundo, el enemigo natural de las especies animales de utilidad alimenticia. El nómade, sin embargo, no mata animales por el gusto de matar o por el afán de comerciar con ellos: los mata para comer. No es comerciante ni es industrial, al contrario: es un enemigo de la industria y del comercio. El nómade de la Tierra del Fuego desapareció porque no supo distinguir entre el valor comercial de una oveja y su valor alimenticio. El estanciero, defendiendo sus animales, concluyó con el indio. El fueguino, <sup>que era capaz de cerner una ballena por su puerta,</sup> habría sido incapaz de matar una chinchilla; <sup>grande y</sup> era bocado demasiado despreciable para su eterna hambre.

El que ha terminado con las vicuñas, con la alpaca y con la chinchilla, es el hombre seminómade de las provincias del norte de Chile.

El seminómade, como el nómade, no es ni industrial ni comerciante; pero es un proveedor. Inadaptable, rebelde, incapaz de doblegarse a un trabajo rutinario o mecánico en una fábrica o en una hacienda, el seminómade prefiere aquellos trabajos que le permitan vagar a su antojo por las montañas o por el desierto, por las selvas o por el mar: buscador de oro, cateador de minas, cazador de animales pelíferos, ~~mineralista~~ <sup>principal</sup> he ahí los oficios del seminómade chileno. ~~Los principales oficios~~ Puede llegar, después, a ser carrilano, arriero, pastor, organillero y, en último caso, vendedor lante. Cualquier cosa antes que obedecer a una campana, a un pito o <sup>con</sup>

reloj-control.

Mientras el eterno y ruin comerciante permanecía encerrado en su ruin y eterna tienda, el seminómade afrontaba, en los desiertos del norte, la soledad, el frío, la sed, el hambre, la insolación, las tempestades o el extravío. ¿Cuántos cazadores de chinchillas se han comido el desierto y la puna de Atacama? Dócenas, centenas acaso; pero no fué bastante: el seminómade acabó con la chinchilla, con la vicuña, con la alpaca y, en muchas partes, con el guanaco.

Pero, acabando con esos animales, el seminómade ha ido acabando consigo mismo. Por fin, como con su antepasado el nómade, hermoso y libre animal humano, la civilización mecánica terminará con el seminómade, hermoso y libre animal humano también, aunque manchado por su contacto con el eterno y ruin ~~memorabanda~~ comprador.

~~Manuel Rojas~~

1943

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©